

Año VI. • Tomo VI.

Madrid, 15 Octubre 1903.

Núm. 128.

# La Revista

# Blanca.

PUBLICACION QUINCENAL DE  
**SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE**

## SUMARIO

La responsabilidad y la solaridad en la lucha obrera, M. Nettlau. — El castillo maldito (continuación), Federico Urals. — Miguel Bakounine y Carlos Marx. — Individuo y colectividad, Anselmo Lorenzo. — Crónica científica, Tarriada del Mármol. — Cuestiones sociales, Donato Luben. — Wle-go, dudo, creo, Manuel R. Salas. — Vitalis, Adrián del Valle.

## ADMINISTRACION

1, CRISTOBAL BORDIU, 1

MADRID



# LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

Año VI-T.º VI-N.º 128

Administración: Cristóbal Bordiu, 1, Madrid

15 de Octubre de 1903

## LA RESPONSABILIDAD Y LA SOLIDARIDAD EN LA LUCHA OBRERA

### SUS LÍMITES ACTUALES Y SU POSIBLE EXTENSIÓN

Las indicaciones siguientes, basadas en un artículo que publiqué en el número de *Freedom* de Noviembre de 1897, no deben interpretarse como un deseo de reemplazar la propaganda anarquista directa por un medio indirecto: limitanse á solventar una cuestión general que, tanto por lo que he podido saber como por lo que he oído decir, ha sido descuidada hasta aquí: la posibilidad de alguna reforma ó nueva combinación en la lucha obrera, y apelo á la crítica de los anarquistas que, salvo la posibilidad general, tiene que examinar si los medios sugeridos tienden ó no hacia la libertad; por consiguiente, si merecen ó no el apoyo de los anarquistas.

Ante todo, el progreso obrero me parece lento hasta la desesperación. Las ideas que nos parecen tan claras, tan evidentes y aun tan aceptables, encuentran á menudo un conjunto tal de prejuicios y de ignorancia, que es permitido dudar que las grandes masas las acepten nunca concienzuda y seriamente, á menos de verlas emprender reales cambios, ó, por lo menos, recibir de ellas lecciones de cosas en una vasta escala. Y aun donde tales lecciones de cosas existen ya hasta cierto punto, cuando la solidaridad económica de los trabajadores está demostrada, no por la propaganda de las ideas libertarias, sino por ventajas materiales directas, por pequeñas que ellas sean—como en el caso del *trade-unionismo* y de la cooperación—, el grueso de la masa no llega, propiamente hablando, á tener conciencia de ellas, á despecho de un siglo de propaganda y de agitación.

Esté ó no justificado el pesimismo de esta manera de ver las cosas, no puede ponerse en tela de discusión la utilidad de encontrar, en cuanto sea posible, nuevos medios de fortificar la condición del trabajador, y algunos medios de acción, ya permanentes, ya transitorios, han sido sugeridos y aun intentados en estos últimos años; tales son la *huelga general*, la *huelga militar*, la *huelga internacional de los mineros*, la marcha de los obreros sin trabajo ó en huelga sobre la capital (como en América, y últimamente en Francia), el *sabottage* (el trabajo lento y defectuoso, el «gocanny», preconizado en Francia), etcétera. También se han hecho esfuerzos para utilizar las organizaciones obreras de producción ó de consumo para una acción económica directa, por ejemplo, una combinación del *trade-unionismo* y de la cooperación, colonias cooperativas, bolsas del trabajo (según la expresión americana relativa al cambio directo de los frutos del trabajo), etc. He aquí por qué me aventuro á sugerir todavía nuevos medios de acción. Ante ellos, la actitud de los anarquistas no puede ser diferente que la que tienen ante los otros medios que acabo

de citar, es decir, de ayuda práctica en cuanto sea posible, pero sin separarse jamás de la propaganda de nuestra concepción social en todas sus partes de hombres libres en una sociedad libre.

Lo que sería necesario, además de la propaganda intelectual directa de las ideas anarquistas y la acción realmente revolucionaria, que es independiente de toda discusión preliminar, es que las grandes y crecientes masas del pueblo sean conducidas á comprender y abrazar el principio de la *dignidad* y la *libertad humana*, así como el de la *solidaridad*, y á esforzarse en vivir según sus principios. Es, además, necesario que la conexión inseparable que une estos dos principios sea reconocida, pues el primer principio solo, superficialmente interpretado, puede conducir á la acción personal del individuo por sí mismo, sin preocuparse de su avance sobre sus camaradas, mientras que la solidaridad sin la dignidad y libertad personales no es otra que la que hoy vemos aplicada en torno de nosotros, y que nos hiere á cada instante; la solidaridad de la mayoría compacta con los peores defectos del sistema presente: concurrencia, patriotismo, religión, partidos políticos, etc. Es, por tanto, necesaria una plena y consciente combinación de los sentimientos de libertad con los de solidaridad, y los que hayan progresado hasta ella se encontrarán más dispuestos para aceptar nuestras ideas, ó estarán más aptos para comprenderlas que ciertas capas de la presente población. Creo no equivocarme fijando tal criterio, tal piedra de toque de los medios de acción posibles, y los medios de acción que no se eleven hasta este nivel, deberán ser mejorados.

Antes de entrar en materia, me es preciso hacer conocer mis opiniones sobre dos puntos, con respecto á los cuales creo soy herético, separándome de las creencias económicas corrientes y, en cierto modo, de los argumentos usados en la agitación. Mis ulteriores conclusiones están basadas sobre estos dos puntos preliminares.

Uno de ellos se refiere á lo que se llama *el público*; este factor, á mi juicio, no es bastante tomado en consideración en las luchas obreras. Los trabajadores de una industria están organizados y luchan con empeño por mejorar su situación económica; los patronos obran de igual suerte y pueden verse forzados, sea por huelgas coronadas por el éxito, sea por la resistencia de un fuerte sindicato, á hacer concesiones al trabajo. Pero los consumidores de los productos de esta industria no están organizados en absoluto, y nada hacen por la salvaguardia eficaz de sus intereses y por la reducción de sus gastos al nivel más bajo posible; de donde es muy natural que los capitalistas busquen y consigan recuperar casi en su totalidad el precio de sus concesiones al trabajo sobre el público que paga. El trabajo, por lo que yo sé, no se toma interés alguno en esta última consecuencia de la lucha. De esta suerte, los precios suben ó empeora la calidad de los productos, y el público paga los gastos de las concesiones arrancadas al capital por el trabajo, como debe necesariamente hacerlo la parte más débil.

Pero ¿quién es el público? Naturalmente, todos los consumidores. Pero en el caso presente puedo clasificarlos en dos categorías: los que gozan de abundantes rentas y á los que las fluctuaciones de los precios no afectan seriamente (se les puede poner aquí fuera de la cuestión), y la masa inmensa, cuyas rentas son ó menores ó pequeñas y á quienes la más ligera alteración en los precios les ocasiona molestias ó un verdadero perjuicio, privaciones y al fin la ruina. Un número considerable de estos últimos soportan de buen grado esta nueva carga, consecuencia del éxito en la huelga de sus camaradas de trabajo, ya como socialistas y anarquistas convencidos, sea gracias al instintivo sentimiento de solidaridad y de amor por una hermosa causa que hace de ellos la base de nuestras esperanzas en un porvenir más amplio; pero siento que yo mismo me ilusionaría

si cerrase los ojos al hecho de que la gran masa, que aún no ha sido conmovida por las ideas de progreso y por los nobles sentimientos (si lo estuviese, ¿cómo podría soportar el sistema actual?), no siente acrecentarse su simpatía por el trabajo organizado en tales cosas, y permanece indiferente, si no mal dispuesta y hostil como antes.

Me imagino, por ejemplo, que si durante una huelga de mineros, el marido, un trabajador, simpatiza con los huelguistas y se suscribe gustoso para los fondos de la huelga con unos céntimos, la mujer que tiene que resolver el doble problema de unir los dos extremos como antes con el mismo salario y un carbón á un precio mucho más elevado, se guardará de participar de su simpatía en muchos casos, y aun le expondrá la cuestión doméstica, neutralizándose de este modo mutuamente sus sentimientos.

Así, pues, huelgas de esta clase dejan las cosas en el mismo estado desde el punto de vista económico y moral, aun en el caso de una huelga victoriosa. Porque la carga de las concesiones económicas es echada por los capitalistas sobre la espalda del público que paga; por ello, la masa de los trabajadores sufre tanto más cuanto que su pobreza es mayor; y la elevación moral y el entusiasmo de los huelguistas y de los que con ellos simpatizan son contrabalanceados por la depresión y la muda hostilidad del resto de la masa, que, en realidad, es la que paga la cuenta.

Por esto sería útil encontrar medios por los cuales *el público (la masa de los trabajadores) pudiera estar interesado de una manera material y no solamente sentimental tan bien como los mismos huelguistas*. Una vez interesados seriamente, su ayuda podría ser enorme, porque, además de la simpatía y las suscripciones, pueden manejar fácilmente esta arma, poderosa entre todas: el *boycottage*. He aquí el primero de mis dos puntos preliminares.

Mi segunda herejía concierne á *la responsabilidad de los trabajadores relativamente á la obra que ellos hacen*. Esta responsabilidad no ha sido en modo alguno reconocida hasta el presente. Tiénese la costumbre de considerar á un hombre como un honrado trabajador si trabaja por un salario, *sin prestar jamás atención á su clase de trabajo*. ¿Hay tal ocupación que de una manera efectiva sea evitada ó execrada? Es difícil el hacerla odiosa al que á ella se dedica, por vil ó infame que ésta sea. Prescindiendo del ejemplo repugnante de peticiones para ocupar la plaza de verdugo, ¿no leemos á veces que personas de todas profesiones se presentan entre los trabajadores ó en la clase media? ¿No es para algunos el *sumum* de la ambición el ser policía, cuando los policías, al igual de los soldados, son en gran parte mantenidos por estúpidas mujeres del pueblo, cocineras ó niñeras? Los soldados que en Inglaterra se alistán voluntariamente, saben que su habitual ocupación no ha de consistir en defender «su patria», que nadie ataca; pero sí que han de reprimir una tras otra las revueltas de pobres indígenas mal armados y reducirles lo más despiadadamente posible, para ahogar en sus comienzos cualquiera revuelta, para evitar su extensión. Los jóvenes no tienen, pues, reparo en alistarse para este trabajo de policía y de verdugo, y la masa del pueblo tampoco tiene inconveniente en fraternizar con los soldados. De igual modo nunca hay escasez de corredores, de recaudadores de rentas é impuestos, de agentes de la propiedad con sus *crowbarmen*, en Irlanda, etc. La llamada opinión pública, que hace tanta profesión de humanidad y de civilización, no parece que se apercibe de esos enemigos interiores, y si de ellos se ocupa es para disculparlos, porque *no es de ellos la culpa*.

Voy más lejos, y añado: mientras que esta espuma de la humanidad goza de bien poca popularidad, sobre todo entre la mayoría del pueblo, *industrias y profesiones atroces* son ejercidas por un gran número de hombres y nadie encuentra qué decir de ello. Quie-

ro hablar de la gran masa de trabajadores manuales que producen *habitaciones de calidad inferior, vestidos de calidad inferior, alimentos de calidad inferior*, y así otros muchos, que degradan la vida atrofiando el espíritu y arruinando el cuerpo de sus mismos compañeros de trabajo. ¿Quién ha construido las covachas y—lo que es peor—quién las mantiene en un estado que permite su explotación continua, haciéndoles sufrir revoques continuos y fingidas reparaciones? ¿Quién es el que hace los trajes que caen hechos andrajos la primera vez que se usan, los alimentos y las detestables bebidas que sólo los pobres consumen? ¿Quién es, en fin, el que los presenta fraudulentamente al público, á los pobres, cuando otros les han dado un aspecto brillante, si es que se han tomado la molestia de hacerlo, llegando á persuadir á aquéllos con ayuda de fingimientos y mentiras? Todo esto se hace (aunque inspirado, sin duda, por los capitalistas, que son los únicos que de ello se aprovechan) por importantes ramas del trabajo, respetadas y bien organizadas: la industria de las construcciones, la industria textil y los empleados de comercio. Esto me repugna é irrita y, á mi juicio, no hay excusa alguna en esta manera de proceder, que nadie se ha tomado la molestia de comprobar, ni mucho menos de combatir.

En el fondo se encuentra siempre la antigua y egoísta excusa: «Debo hacerlo; no puedo ocuparme en elegir mi trabajo. Si yo no lo hago otro lo hará. Yo no consigo con ello beneficio alguno: yo mismo preferiría hacer una obra verdaderamente útil. *Pero yo no soy responsable de ello; la responsabilidad incumbe al empleado que me manda hacer lo que hago*».

Mi opinión es que todo el tiempo que esta excusa, esa evasiva, excusa de mercenario, *sea admitida y generalmente aceptada*, las cosas podrán continuar tal y como hoy se encuentran, y que no llegará jamás un porvenir más digno. Los capitalistas, acordes con esta manera de ver las cosas, estarán siempre en condiciones de pagar á una mitad de los trabajadores para contener á la otra mitad. Continuarán, además, manteniendo á la mayoría de los trabajadores en un estado de degradación física é intelectual, abatidos, faltos de energía, ignorando hasta la mayor parte de los infinitos goces de la vida, gracias á su medio deprimente y sombrío y á la insuficiencia del alimento que debilita sus cuerpos y cerebros. Y el trabajo manual, el trabajo práctico que engendra tal estado de cosas, se hace por los mismos trabajadores, los cuales, por otra parte, sufren sus consecuencias personalmente lo mismo que los demás. El homicidio directo, el que se comete por los soldados que fusilan á los huelguistas, y el homicidio indirecto por la construcción de esas malsanas habitaciones, por los alimentos, etc., operado por los trabajadores sobre sus mismos compañeros, he aquí dos acciones igualmente perjudiciales por sus consecuencias, que es preciso reconocer como tales antes de soñar en conseguir alguna mejora.

Esto es lo que llamo la responsabilidad de los trabajadores con respecto á su trabajo. Y voy más lejos afirmando que la ausencia de este sentimiento de responsabilidad degrada á los mismos trabajadores, al igual que sus víctimas. Nadie negará que los policías y soldados están degradados y embrutecidos por el continuo ejercicio de esta caza del hombre, que constituye su profesión la alevosía y el homicidio desde luego. No dudo en afirmar que ocurre lo propio con los trabajadores que ejercen oficios ó industrias basadas en el fraude. Tomad como ejemplo el plomero que constantemente hace creer á su cliente que repara las cañerías y sumideros y que nada hace en ellos, ó bien al empleado de almacén que pasa el día en hacer comprar á los clientes aquello que no necesitan, pero de lo que el patrono desea desembarazarse, en primer lugar porque es lo que le proporciona mayor beneficio ó porque no desea conservarlo por más tiempo. No creo que el carácter de estos hombres—por honrados y leales trabajadores que pueden ser en

sus comienzos— se mejora á la larga; hay más probabilidades en verlos convertidos en insensibles é indiferentes, que no en libres y entusiastas. Igualmente, la mayor parte de los productores de mercancías inferiores ó medianas no pueden ciertamente tomar interés en su trabajo. Pero nadie puede vivir sin interesarse por su trabajo, pues si no sus facultades se atrofiarían, su inteligencia disminuiría, y él mismo, á la vez, se imposibilitaría para adquirir las ideas de libertad y rebelión y mucho más para ponerlas en práctica. Comparad estos hombres con los que describe William Morris en *The Revival of Handicraft* (1), *News from Nowhere* (2) etc., y comprenderéis claramente lo que deseo decir.

Por consiguiente, cada uno está destinado á ser víctima de este estado de cosas, como los autores de los actos antisociales no dejan de sufrirlos á su vez. Todos los trabajadores odian á los espías y á los delatores; la mayoría de ellos detestan á los falsos hermanos (blacklegs); á menos que este sentimiento no se extienda á *todo aquel que se dedique a un trabajo antisocial, trabajo perjudicial á sus semejantes*, no veo esperanza alguna en el porvenir.

Tal es el segundo punto preliminar, y heme al fin llegado al asunto principal que trataré más brevemente, toda vez que el fondo ha sido aclarado con estas indicaciones.



Me era preciso encontrar un medio de acción que pudiese conducir á la gran masa del pueblo á la concepción y aceptación de una real y seria combinación de los inseparables sentimientos de dignidad, libertad y solidaridad humanas.

Creo que tal medio puede dar resultado *si los dos elementos de que acabamos de tratar están convenientemente combinados y utilizados*, á saber: *la necesidad de dar al público (á la masa de los trabajadores) un interés económico en las huelgas, al igual que los mismos huelguistas y la necesidad para los trabajadores del sentimiento de su responsabilidad con relación á su trabajo*, incitándoles á esforzarse para poner término al perjuicio que un trabajo antisocial causa á sus semejantes.

Un medio semejante daría impulso á los sentimientos de respeto de sí mismo y de solidaridad, y conduciría, como consecuencia, á la gran masa al camino de la libertad, haciéndola más accesible á una propaganda más avanzada, porque las enseñanzas de la propaganda no serían en adelante contradecidas por su propia existencia y por la nuestra hasta el extremo que hoy día lo son.

Las grandes líneas de este plan de acción son, á mi juicio, en lo que concierne á los trabajadores: el rehusar hacer un trabajo perjudicial al público, fortalecer después su posición haciendo conocer á aquél hasta dónde es engañado y robado; por lo que al pública respecta: sostener tales movimientos de las huelgas basados en semejantes motivos, por una activa simpatía y por el boycottage. Estas huelgas podrían terminarse por la victoria de los huelguistas y del público, realmente esta vez á expensas del capitalista, reduciendo el importe de su beneficio. No podrían destruir las raíces del actual sistema, porque ninguna huelga podrá hacerlo, á no ser ocasionada por una oposición determinada á trabajar para otro, en cuyo caso, esta sería la huelga general, la revolución social; pero estas huelgas podrían establecer un lazo más estrecho y más general entre las clases trabajadoras: las huelgas perderían su carácter individual y se convertirían en acontecimientos de interés *colectivo*, lo cual no son, hoy día, sino por el sentimiento y la convicción personal de algunos, y no por su base económica.

(1) Rehabilitación del trabajo manual (1888).

(2) Noticias de ninguna parte (utopía comunista libertaria, 1890).

Estas tácticas pueden naturalmente revestir en la práctica múltiples formas. Deberían, desde luego, obrar é influir sobre la conciencia de los trade-unionistas y socialistas; y conseguido ésto, no faltarían los esfuerzos prácticos.

Si, por ejemplo, las corporaciones organizadas de las *construcciones* decidían que ningún miembro de la union trabajase en las zahurdas—no ayudando jamás á levantarlas ni á repararlas—y haciendo conocer al mismo tiempo al público la imposibilidad de higienizarlas con tales reparaciones, la cuestión de los locales tomaría á los ojos del público una importancia muchísimo mayor que la que han podido darle hasta la fecha los comités, los mitins, las campañas de la prensa, etc. Nada tiene de extraño que el pueblo permanezca indiferente á toda esta agitación al ver que en realidad todo marcha como al principio; siguen viendo á sus mismos amigos ó vecinos, trabajadores de la construcción, perpetuando la miseria de la casa con sus ridículas reparaciones, mientras que ellos mismos, tal vez empleados de almacén, pagan á su vez vendiendo para beber y comer mercancías envenenadas, á los albañiles, trabajadores, etc. Esto ahoga á aquello y el capitalista es quien sale ganancioso. Si el estado de una casa es al fin *condenado*, no lo es nunca por los que la habitan y *no tienen más que abandonarla*, ni por los trabajadores que la reparan, y *tampoco tienen más que dejarla*, sino por las autoridades encargadas de la salubridad y que obran de acuerdo con las clases acomodadas protegiéndolas contra la infección por medio de focos de enfermedades! La iniciativa y el respeto de sí mismo son focos conocidos entre las víctimas de este sistema: ningún esfuerzo debe economizarse para crear dichas ideas, y el sentimiento de la responsabilidad es uno de los medios que con tal objeto debe emplearse.

Si las corporaciones de la construcción de Londres tomasen la resolución de no trabajar más en las innumerables casuchas de la parte Este y Sur de Londres, en un momento dado, la cuestión no solamente de alojamiento, sino también la del *landlordismo*, figuraría en primera línea. El público respondería al grito de: *¡No más alquileres!*, y los empleados de los almacenes prestarían su ayuda retirándose y rehusando vender los alimentos detestables que hoy nos dan. Esto podría dar lugar á que algunos habitantes del East-End inspeccionasen las condiciones de las habitaciones en el West-End ó estudiaran las provisiones en los docks. En todo caso habría alguna probabilidad de desembarazarse de las peores fealdades del East-End—lo cual ya es algo—y la gran cantidad de obras nuevas y limpias que los obreros de las construcciones tuvieran que hacer en mejores condiciones, les recompensarían de los sacrificios impuestos por una huelga semejante.

Que las industrias textiles abandonen la confección de vestidos defectuosos y rehusen el hacerlos por más tiempo. De igual modo las ramas menos numerosas, cuya ocupación consiste en dar á estas mercancías un aspecto brillante y duradero, podrían hacer algo para informar y conmover al público.

De la misma manera, con respecto á los *trabajos químicos*, tales como el infernal trabajo del blanco de albayalde ú otro análogo, en los que *el mismo trabajo* y no su producto, arruina la salud, ninguna consideración, ninguna piedad, ninguna legislación parece ser efectiva: á fin de que tales oficios desaparezcan, sería preciso cubrir de ignominia á los que permiten que se les mate así; poniéndolos debajo de los «black legs» como en realidad lo están; porque hacen que continúen estos oficios, y durante el tiempo que así lo hagan, nuevas víctimas—ignorando á veces al principio qué trabajo van á emprender—son llamadas cada día para llenar las diezmadadas líneas por la caída de las inevitables víctimas que les precedieron.

Además, los *empleados de comercio*, ¿no podrían hacer triunfar muchas de sus inmedia-

tas reivindicaciones si tomasen la firme resolución de considerar como *deshonroso* el mentir al público, como en la actualidad lo hacen para realizar mayor número de ventas y afirmar ó mejorar por este hecho su situación? El público se pondría naturalmente de su parte «boycotizando» á los comerciantes obstinados, que serían abandonados con el des- crédito de su inferior mercancía. Es realmente difícil para el público en general el experimentar simpatía por esta clase de trabajadores tal y como hoy día se encuentran; podemos compadecernos de la duración de su jornada de trabajo y resignarnos gustosos á los inconvenientes que á veces nos origina un almacén cerrado temprano, pero sabemos que nuestra simpatía no impedirá á los vendedores en vendernos comestibles podridos por frescos, si es que así lo desea el comerciante.

En resumen, como *consumidores* no podemos demostrar simpatía por los instrumentos del capitalismo, y como las grandes masas están por una y otra parte formadas de *trabajadores*, la división y la hostilidad persisten entre ellos, y una sola acción práctica, la *mutua solidaridad*, puede vencer esta hostilidad: las convicciones y el sentimiento son igualmente buenos factores, pero no convienen en todos los casos.

Estos ejemplos, estén ó no bien escogidos, creo aclaran hasta cierto punto mi pensamiento que, por otra parte, no depende del valor de ellos. Me doy exacta cuenta de la dificultad de dar un impulso en esta dirección, y propongo que en primer término se discuta el punto de la responsabilidad.

Una vez que un principio sea comprendido y aceptado por cierto número, se presentarán hombres, sin llamamiento, sin preparación, sin organización, para *obrar conforme á él*. El movimiento puede partir del más pequeño taller, por el hecho de abandonar los trabajadores sus útiles, rechazando el hacer por más tiempo el trabajo mediano y antisocial: ó bien puede ser inaugurado por la vía ortodoxa de resoluciones de congresos, etc.

La idea no es, después de todo, sino un pequeño escalón hacia el altruismo: si un hombre que ayude al envilecimiento de los salarios, etc., de sus camaradas, es despreciado como un falso hermano por causa de su acto antisocial *en esta cuestión*, que ese desprecio se extienda á *toda obra antisocial*; y si los trabajadores particulares no saben ver este principio, que el público lo vea y obre en consecuencia.

Todo esto puede parecer duro y sin corazón, pero no veo más que dos alternativas; ó ser puramente *sentimental*, cerrar los ojos á la razón, compadecerse de cada cual, excusar cada cosa y se llegará á llorar la suerte del soldado herido ó muerto, ó del policía enfermado en el *cumplimiento de su deber*. Ó bien ser *lógico*—y entonces se puede encontrar excusas á todo esto, salvo de la falta de preparación de la opinión pública en este punto, y vuestro primer acto será el de esforzaros para prevenir á la opinión pública sobre esta cuestión. Ignorando ó negando el principio de la responsabilidad, síguese simplemente el camino del engaño ó bien el de la falsa percepción ó de la infamia, haciendo recaer en otro lo que nosotros esquivamos, ó bien el del puro sentimentalismo en lugar de aceptar al fin una verdad desagradable. Digo desagradable, porque acrecienta el trabajo que se ha de emprender antes de conseguir un cambio real—pero, conforme lo he dicho ya, si el pueblo continúa tal y como se encuentra, no se producirá nunca cambio alguno.

De cuanto antecede, resulta con claridad que mi propósito es doble: despertar el sentimiento de la responsabilidad y utilizarlo para las huelgas, que llamaría colectivas, en interés público, conforme lo he dicho. Si se juzga impracticable este segundo punto, el primero tampoco podrá subsistir y debe entonces buscarse otro medio para crear y utilizar un sentimiento tan importante. Creo firmemente que es indigno de hombres el hacer á sus semejantes todo el daño que el capitalista les manda hacerles, creyendo justificar

con esta sombra de excusa: *no soy sino un instrumento*. Esto puede satisfacer á los que aceptan el actual sistema y están satisfechos con ser los instrumentos de los capitalistas y destruir la libertad de sus semejantes. Pero los que realizan tales actos antisociales y reprobaban el sistema actual, son inconscientemente cobardes, que no lo variarán jamás. *Yo pido hombres que desde un principio sepan libertar su espíritu, que rehusen después el hacer una obra que perpetúe la miseria y la esclavitud de sus semejantes, y creen de este modo una amplia corriente de simpatía y de solidaridad de una acción más acentuada.*

Este género de acción económica me parece el más apropiado al hombre que se siente libre y que no encuentra la base de su libertad en la libertad y bienestar de los demás. Si no puede, por su negativa de trabajar para el capitalista, derribar el actual sistema, se esforzará de algún modo para no trabajar con detrimento de sus semejantes, guiado por el respeto á sí mismo, sin inquietarse por saber si la solidaridad de estos últimos responderá ó no en seguida á la suya. Tal es el método anarquista: hacer uno mismo lo que desearía ver hacer.

El antiguo sistema político y autoritario consiste en lavarse las manos proclamando que estas cosas son inevitables, y, por consecuencia, perpetuándolas, fiándose en que otros harán por nosotros lo que *no queremos ó no podemos* hacer (términos que se toman con frecuencia uno por otro). Nosotros, que en modo alguno aceptamos este principio fundamental en política, deberíamos arrojarlo; en materia social, á la mayor distancia posible, y, por consiguiente, acentuar la responsabilidad de cada uno en relación á lo que hace.

Solamente añadiré que al tratar este asunto, la palabra *moralidad* no debe tomarse en el sentido de creer que exhorto á los trabajadores para que se hagan más *morales*. No he empleado esta palabra en ese sentido, y se presta á confusión. Lo que pido es que lleguen, ante todo, al respeto de sí mismos, á la conciencia de su dignidad y de su libertad, y entonces su conciencia misma les inducirá á *rehusar hacer actos antisociales en el más lato sentido*, como rehusan hacerse delatores ó «blacklegs». Es muy bueno decir: destruyamos, desde luego, el sistema capitalista, y en seguida adquiriremos estas cualidades pero, ¿quién se encargará de destruir ese sistema, debemos preguntar, toda vez que el dogma de Marx, según el cual los capitalistas deben destruirse mutuamente hasta el último, no nos tranquiliza, como lo ha hecho mucho tiempo, á los socialistas demócratas.

Para terminar, repito que no deseo en modo alguno disminuir la importancia de ningún método actual de propaganda; pero celebraría ver discutir el presente método, particularmente cuando los anarquistas se encuentran reunidos con los trade unionistas. Una extensión de la acción de las «trade-unions», yendo de las cuestiones puramente corporativas á un esfuerzo para la emancipación de todos, podría tener un resultado decisivo y ganaría las simpatías de cuantos se sienten libres y desean igualmente emancipar á los demás.

Me agradaría también ver que se daba parte de los esfuerzos previos intentados en la misma dirección.

M. Nettlau.

(Este hermoso trabajo acaba de ser publicado en un folleto por nuestro estimado colega *Les Temps Nouveaux*, de París.

# EL CASTILLO MALDITO

## ACTO CUARTO

### Personajes que intervienen en él.

- |                            |                |
|----------------------------|----------------|
| 1 Juez.                    | 9 Nogués.      |
| 2 Portas.                  | 10 Verdugo 1.º |
| 3 Gobernador del Castillo. | 11 Verdugo 2.º |
| 4 Secretario del anterior. | 12 Aschery.    |
| 5 Cabo (Más).              | 13 Mo'as.      |
| 6 Botas.                   | 14 Verdugo 3.º |
| 7 Fernando.                | 15 Verdugo 4.º |
| 8 Capitán (llavero).       |                |

### Decoración.

*Representa las habitaciones del gobernador del Castillo. Una salita cuadrada; al fondo una puerta abierta, y por ella el espectador ha de ver la Plaza de Armas; si fuese posible que se vean también los pórticos que la circundan, debajo de los cuales, dando la vuelta a la Plaza, que es cuadrada, están los pabellones que sirven, unos para los cuerpos de guardia, otros para los jefes, algunos se han habilitado para encerrar presos. A ambos lados de la escena otra puerta; al centro de la sala una mesita redonda y al lado derecho otra de las llamadas de ministro; junto a esta mesa estarán sentados, el secretario y el gobernador del Castillo uno en cada lado; un poco apartado de la mesa, hacia el primer término de la derecha, se hallará, también sentado, pero en una silla, el juez; Portas, de pie cerca de la puerta del foro.*

### ESCENA I

**Juez, Portas, Gobernador y su Secretario.**

JUEZ

El Sr. Capitán general está disgustado y es preciso evitar tal escándalo; ha recibido telegramas del ministro que no le han producido muy buen efecto.

GOBERNADOR

Aquí se revisan *todas* las cartas de los presos; las que entran y las que salen.

SECRETARIO

Es un trabajo que hago yo mismo señor Marzo.

JUEZ

El caso es que en Madrid y fuera de Madrid, hasta fuera de España, se sabe cuanto ocurre en el Castillo, y eso es un descrédito para las autoridades que lo gobiernan.

GOBERNADOR

*(con acritud)*. Supongo que habla usted por encargo del excelentísimo señor Capitán general.

JUEZ

Sí, señor.

GOBERNADOR

De otro modo no debería olvidar usted mi graduación.

JUEZ

Mi ánimo no ha sido molestar á usted.

GOBERNADOR

De todos modos, haga usted el favor de decir de mi parte al señor Capitán general que disponga del mando de este Castillo.

JUEZ

(*algo irónico*). Mi opinión es que no hay para tanto; con que se tomen ciertas medidas para evitar que, en adelante, salgan privadamente cartas de la fortaleza, está arreglado todo.

GOBERNADOR

Contra los presos tome usted las medidas que estime conveniente, que yo, como gobernador del Castillo, antes he de facilitar la acción de ustedes, que dificultarla. Registren los calabozos, quiten á los detenidos papel, tinta y plumas, todo medio de comunicación.

JUEZ

Es que quizá no basten esas medidas.

GOBERNADOR

(*levantándose con violencia*). ¡Ah, pues contra la guarnición me opongo terminantemente!

JUEZ

(*levantándose*). ¡Esto es, señor Gobernador, poner dificultades á la justicia militar!

GOBERNADOR

Cuando la justicia ha de echar mano de ciertas medidas, no debe estar muy segura de su rectitud.

JUEZ

¡Mi general!

GOBERNADOR

General y gobernador del Castillo soy en este momento; y como tal, he de volver por el honor de los que en el Castillo moramos.

JUEZ

(*con humildad hipócrita*). El caso es, que salen cartas de la fortaleza, que no las sacan los presos, porque los presos están encerrados en ella; que no pasan por este despacho, (*mirando al Secretario*), puesto que todas se registran.

GOBERNADOR

¡Bueno, hemos terminado! Desde el soldado que vive en este Castillo, hasta el gobernador, son sagrados para ustedes. Con los presos yo no me meto; hagan ustedes lo que les dé la gana. Yo me limito á guardarlos, obedeciendo órdenes superiores, y nada más.

JUEZ

(*trémulo de coraje*). Podemos retirarnos.

GOBERNADOR

Pueden ustedes retirarse.

(*Se retiran; mientras salen Fuez y Portas, cae el telón del cuadro primero*).

## CUADRO SEGUNDO

### Decoración.

*Representa la escena del cuadro segundo del tercer acto; al levantarse el telón, estará sentado en su sitio el cabo Más; dos verdugos se pasean por delante de la puerta que da á la plaza; después de algunos segundos, aparecen por el foro el Juez y Portas mohños y cabizbajos: al verlos, se levanta y se cuadra el cabo.*

## ESCENA II

**Portas, Juez y Cabo Más.**

JUEZ

(*entrando*). Arréglese usted con ese; yo me vuelvo á la ciudad.

PORTAS

Naturalmente.

JUEZ

Si no fuese por los superiores intereses que defendemos y representamos, no continuarían las actuaciones de este maldito proceso, que tantos disgustos nos cuesta.

PORTAS

¡Y los que lleva trazas de costarnos!

JUEZ

Sin embargo, no podemos quejarnos de la suerte.

PORTAS

El caso es, que antes de encontrar al autor...

JUEZ

Pero estamos seguros de que lo encontraremos... Cuando haya usted dado la libertad al Sr. Tarrida, ya que de todas maneras hemos de dársela, no se olvide usted del otro asunto.

PORTAS

¿De cuál?

JUEZ

El del autor.

PORTAS

¡Ah! Descuide usted; alguno cantará.  
(*Fuez se dirige hacia la puerta.*)

PORTAS

(*después de pensar un momento.*)  
¿Y aquello?

JUEZ

(*volviendo la cabeza.*) No recuerdo.

PORTAS

Lo de ver si Tarrida se pone á nuestras ordenes en pago de la libertad que le otorgamos... Porque hay que hacerle ver que somos nosotros los que se la otorgamos.

JUEZ

Me parece muy difícil; de todas maneras, inténtelo usted.

PORTAS

¡Con cierta habilidad!...

JUEZ

En fin; usted ya entiende estas cosas; tenga usted la seguridad de que se cumplirá cuanto acuerde con él. (*Desaparece por el foro seguido del cabo Más.*)

PORTAS

Dios le acompañe.

## ESCENA III

**Portas y Botas.**

PORTAS

(*desde la puerta del cuarto á uno de los verdugos que se pasean por delante de la puerta del corredor.*) Que suba el Sr. Tarrida; está en el dormitorio número 1.º del Puente y que entre Botas (*el verdugo hace lo que se le indica. Portas se pasea un momento por la habitación.*)

BOTAS

(*entrando.*) ¿Qué se le ofrece, mi teniente?

PORTAS

¿Cómo andan los presos sometidos á régimen excepcional?

BOTAS

Siguen resistiendo.

PORTAS

¿Y Aschery?

BOTAS

Él y Nogués son los que están más dispuestos á decir la verdad, y espero que pronto han de decirla.

PORTAS

Ya sabes lo convenido; antes que ninguno Aschery, porque es el que ofrece menos peligro. He hablado con el cónsul italiano y me ha dado muy malos informes de Aschery. Después...

BOTAS

Sí, ya sé; después Molas.

PORTAS

(*se pasea un momento pensativo.*) En fin, ya bajaré antes de marcharme.

BOTAS

¿No dormirá usted hoy en el Castillo?

PORTAS

Sí, pero tengo que volver á Barcelona antes de la noche (*viendo entrar á Fernando por la puerta del pórtico.*) Ahora retirete.

## ESCENA IV

**Portas y Fernando.**

FERNANDO

(*desde la puerta.*) ¿Se puede?

PORTAS

¡Adelante!... (*exagerada amabilidad.*) ¿Qué tal, cómo se pasan los días, Sr. Tarrida?

FERNANDO

Bien.

PORTAS

¿Está usted mejor, verdad?

FERNANDO

¡Si no he estado malo!

PORTAS

Su familia dice que no está usted muy bien de salud.

FERNANDO

Efecto de la clase de vida que aquí hacemos; además, las impresiones son horribles

PORTAS

¿Qué impresiones recibe usted? ¿Qué se dice en los calabozos?

FERNANDO

Ya lo puede usted suponer .. *(pausa)*. Además se exagera mucho.

PORTAS

¿O no se exagera! ¿Se dice que usamos un sistema especial para hacer declarar á los presos?

FERNANDO

Sí, señor.

PORTAS

Es precisamente el que pienso emplear con usted si no dice la verdad.

FERNANDO

*(emocionado)*. No tiene usted necesidad de someterme á medidas extremas; firmaré las declaraciones que á usted le plazcan.

PORTAS

¡Mucho teme usted al calabozo cero!

FERNANDO

No puedo remediarlo; si usted quiere, soy el autor de la bomba que explotó en la calle de Cambios Nuevos.

PORTAS

Ya veremos; no olvide usted que estoy dispuesto á todo y que lo puedo todo... *(pausa; con mimo)*. No obstante, yo creo que usted podría obtener la libertad.

FERNANDO

*(con alegría)*. Si usted quiere, ¿quién lo duda?

PORTAS

No; es usted quien ha de quererlo.

FERNANDO

Quiero, desde luego.

PORTAS

Según cuáles fueran las condiciones.

FERNANDO

Peores que la amenaza del cero no pueden ser.

PORTAS

Al contrario, son muy buenas para usted y hasta es fácil que en ellas halle usted un porvenir mejor que el mío.

FERNANDO

¿Y obtendré la libertad?

PORTAS

Indudablemente; sentémonos *(se sientan)*. Trátase de que nos ayude usted en el esclarecimiento de ese crimen... Usted debe saber algo.

FERNANDO

Nada, absolutamente; hace algunos años que no me ocupo de nada.

PORTAS

Pero sí de las muchachas y *(con malicia)* de la química.

FERNANDO

De la química como profesor únicamente; le digo que no me meto en nada.

PORTAS

Buenas relaciones entre los anarquistas españoles y extranjeros le deben quedar aún.

FERNANDO

Eso sí; pero meramente de amistad.

PORTAS

Pues bien; estas amistades le valen á usted salir del Castillo y la protección de elevadas personas.

FERNANDO

Usted dira cómo.

PORTAS

A la par que la mía, cultivará usted con más frecuencia las amistades de que me habla, y dentro de unas cuantas semanas iremos los dos á recorrer los centros anarquistas de Europa mediante una fuerte indemnización que se le entregará á usted á cambio de los perjuicios que le hemos ocasionado.

FERNANDO

¿Y nada más?

PORTAS

Nada más.

FERNANDO

(*Violentándose y con repugnancia*). Cuenten ustedes conmigo, pues.

PORTAS

(*Levantándose y dándole un abrazo*). Ya lo suponíamos; tanto lo suponíamos, que el señor Capitán general, había ya firmado la libertad de usted (*sacándose la del bolsillo*).

FERNANDO

¿Saldré hoy mismo?

PORTAS

¡Cómo hoy mismo; ahora!

FERNANDO

¡Ah, muchas gracias!

PORTAS

¿Tiene usted algo en el dormitorio?

FERNANDO

Nada.

PORTAS

Si tiene usted algún traje ó prenda de vestir suelta, lo dice usted y yo mismo daré órdenes de que se recoja y se lleve á su casa de usted.

FERNANDO

No vale la pena.

PORTAS

De todas maneras se la mandaré; puede usted irse cuando guste.

FERNANDO

¿Me dejarán salir del Castillo?

PORTAS

Acompañará á usted hasta la puerta el Capitán llavero. Voy á dar orden de que se le llame (*se dirige á la puerta, llama á un verdugo, le dice algo al oído y el verdugo desabarece*).

FERNANDO

Estoy muy contento; me parece todo un sueño.

PORTAS

Pues es realidad. Nosotros tratamos bien á quien bien nos trata (*pausa*). Dentro de pocos días recibirá usted aviso para empezar

los primeros trabajos, y es posible que también reciba usted la primera indemnización.

FERNANDO

¡Ah, de eso no hay que hablar!

PORTAS

¿Cómo que no! Usted tenía muchos y muy buenos alumnos en su Academia... Ganaba usted como 2.000 pesetas al mes, ¿verdad?

FERNANDO

Aproximadamente.

PORTAS

Ya ve usted como estamos enterados de todo (*aparece el Capitán llavero*).

## ESCENA V

**Capitán, Portas y Fernando.**

CAPITÁN

(*secamente*). Qué se le ofrece.

PORTAS

(*entregándose la*). La orden de libertad de este señor.

CAPITÁN

(*dándole la mano á Fernando*). ¡Ah! me alegro; sea la enhorabuena.

FERNANDO

Muchas gracias (*impaciente*). ¿Vamos?

CAPITÁN

Cuando usted guste; le acompañaré hasta el puente, para que no le molesten.

FERNANDO

(*á Portas alargándole la mano*). Usted lo pase bien.

PORTAS

(*estrechándole y besándole en la cara*). Que Dios le acompañe.

(*Fernando no devuelve el beso, y aún el público ha de ver cómo disimuladamente, al dirigirse al foro, se saca el pañuelo del bolsillo y se lo pasa por la mejilla; el Capitán sale detrás de Fernando; Portas les acompaña hasta la puerta, mientras cae el telón del cuadro*).

## CUADRO TERCERO

## Decoración.

## ESCENA VI

(La escena representa los calabozos cero, uno y dos del Castillo; en el cero se halla Aschery, en el uno Nogués y en el dos Molas. El calabozo cero, algo más pequeño, más húmedo y menos alumbrado que los otros. Al levantarse el telón, Botas y dos verdugos más salen del cero riendo; uno llevará un pliego de papel de barba en la mano, y otro tintero y mango de escribir. Aschery se deja caer desfallecido encima de las piedras del calabozo. Acaba de firmar, obligado por crueles tormentos, que es el autor de la bomba que hizo explosión en la calle de Cambios Nuevos, de Barcelona. Aschery al caer lo hará de espaldas; está desatado; los pantalones desabrochados y un poco tirados abajo; la camisa fuera de los pantalones y ensangrentada; el rostro sumamente pálido y descompuesto; por el suelo una mordaza y vergajos rotos; manchas de sangre en varios sitios; durante todo el cuadro no parará de gemir. Nogués estará tendido atados los brazos a la espalda y las muñecas por el pecho; de éstas brota sangre; dos verdugos lo apalean brutalmente. Nogués gime y grita; a la izquierda del calabozo leña enendida y un hierro que se calienta. Molas se halla en el calabozo de la derecha tendido boca arriba y revolcándose por el suelo; lleva los pies descalzos; las plantas de los mismos se componen de una llaga ensangrentada; entre carne y uña cañitas clavadas; de cuando en cuando se incorpora como si quisiera sacarse con la boca las cañas que tiene clavadas en las uñas. Por unos segundos nadie ha de hablar en la escena; sólo se oye los gemidos de Aschery, los gritos de Nogués, los golpes que éste recibe de los verdugos y los ayes de Molas.)

## ESCENA VII

**Verdugos 3.º y 4.º, Molas, Nogués, y Aschery.**

NOGUÉS

(con voz apagada). Matadme de una vez verdugos, canallas, miserables.

(los verdugos pegan con más coraje).

VERDUGO 1.º

Ahora de estotro lado (*hacen cambiar de posición a Nogués*).

VERDUGO 2.º

Habla ó te matamos.

NOGUÉS

Pero si no sé nada.

VERDUGO 1.º

Ya lo sabrás (*al otro verdugo*):

Más fuerte (*acompañan la acción a la palabra*).

NOGUÉS

(con voz cada vez más débil). ¡Verdugos, verdugos, inquisidores!

VERDUGO 1.º

(al segundo). Ve cómo está el hierro.

VERDUGO 2.º

(levantando del fuego el hierro). Candente.

VERDUGO 1.º

Pues acércalo (*lo acerca; verdugo 1.º toma el hierro del segundo y dice a Nogués*): ¿Ves? Te lo aplicaremos en las nalgas si no declaras haber arrojado una bomba al pasar la procesión por la calle de Cambios Nuevos.

NOGUÉS

Matadme de una vez, miserables; no sé nada... (*le da un acceso de tos y tose, revolcándose por el suelo*).

VERDUGO 1.º

Ahora vas a saber lo que es bueno (*al Verdugo 2.º*). Echale los pantalones abajo.

(*Verdugo 2.º obedece; Nogués tose aún; verdugo 1.º le pone el pie derecho en el vientre y lo para, mientras el otro le baja los pantalones; en esta operación emplean algunos segundos*.)

VERDUGO 2.º

Ya está.

VERDUGO 1.º

(al segundo). Toma, calienta el hierro, que se ha enfriado; procura que esté bien rojo.

(*Verdugo 2.º hace lo que se le indica*.)

¡Ea! ponte boca abajo.

NOGUÉS

(con voz muy débil). No puedo.

VERDUGO 2.º

Te ayudaré yo; no dirás que no somos generosos (*pone á Nogués boca abajo*).

VERDUGO 1.º

Me parece que el hierro está bien para que haga el efecto que buscamos.

VERDUGO 2.º

(*sacando el hierro del fuego*). Sí, pero estará más caliente dentro de un segundo.

VERDUGO 1.º

¿Declaras ó no declaras?

NOGUÉS

Pero ¿qué he de declarar?

VERDUGO 2.º

(Que arrojaste la bomba.

NOGUÉS

Nunca; matadme de una vez, verdugos.

VERDUGO 1.º

*Acerca eso (toma el hierro del verdugo 2.º, y sin decir nada, lo aplica de repente en la nalga de Nogués; éste da un grito horrible; intenta levantarse, pero el hierro le quema más; entonces procura huir del fuego dando vueltas por el piso; á esto sigue un momento de silencio, sólo interrumpido por los gemidos de Aschery y Molas.)*

*Federico Urales.*

## Miguel Bakounine y Carlos Marx.

### II

Bakounine permaneció un mes en Bruselas desde donde escribió á Herwegh y á An-cukow, que Marx, Engel y Bornstád, que le habían precedido en Bélgica se dedicaban á sus habituales intrigas, y que en aquel medio de mentira y de torpeza, no se podía ni respirar; que él se mantenía siempre á distancia y que no quería inscribirse en la Sociedad

Comunistas, en donde los demócratas burgueses alemanes celebraban sus conciliábulos y tramaban complots contra todos los que les molestaban. Bakounine era el blanco de sus ataques más péfidos.

Al anunciarse la revolución de Febrero, se apresuró á volver á París y fué directamente á reunirse con los montañeses de Caussidiere en el barrio de San Antonio. Pero desde principios de Abril, completamente desilusionado, como se lo dijo á Flotte, á Flocon y á Aragón, partió á Breslau, para estar cerca de Rusia, deteniéndose antes en Strasburgo, en Francfort, en Colonia, en Berlín y en Leipzig.

Como no escribimos la vida de Bakounine, no relataremos las diversas é importantes etapas de su viaje; diremos, sin embargo, que en Colonia se separó completamente de Marx, por una querrela que tuvo con el poeta revolucionario Herwegh. En un manuscrito inédito dice de esto:

«En 1848, nos hemos encontrado con opiniones distintas, y debo declarar que él tenía más razón que yo. Acababa él de fundar secciones de comunistas alemanes en Bruselas y en París, y aliado con los comunistas franceses y algunos ingleses, había formado, sostenido por su amigo y compañero inseparable Engel, su primera asociación internacional de comunistas en Londres. Allí, juntamente con Engel, redactó en nombre de esta Asociación un manifiesto notable, conocido con el nombre de *Manifiesto Comunista*. Yo, conducido por el entusiasmo del movimiento revolucionario en Europa, me ocupaba más del lado negativo que del lado positivo de esta revolución, es decir, más de destruir lo que existía, que de la edificación y organización de lo que debía existir. Sin embargo, ha-

bía un punto en el que yo tenía razón. Como esclavo, yo quería la emancipación de la raza eslava del yugo de los alemanes por medio de la revolución; es decir, por la destrucción de los imperios ruso, austriaco, prusiano y turco y por la reorganización del pueblo, de arriba á abajo; por su propia libertad, bajo la base de una completa igualdad económica y social y no por la fuerza de una autoridad tan revolucionaria é inteligente como se quiera.

Desde este momento, la diferencia entre los sistemas que nos separaba estaba vista, pero de una manera que me hacía reflexionar. Mis ideas y mis aspiraciones, disgustaban á Marx, primero, porque no eran las suyas, y segundo, porque como patriota alemán, no admitía, como todavía no admite, el derecho de los eslavos á emanciparse de los alemanes, pensando, hoy como entonces, que los alemanes están llamados á civilizarlos, es decir, á germanizarlos, de grado ó por fuerza.»

En seguida encontramos á Bakounine en Breslau, donde permaneció más tiempo, tomando una parte activa, aunque no abiertamente, en los trabajos de la *Sociedad Democrática* y en los del *Congreso eslavo polaco* que se celebró en aquella ciudad.

Allí, á la vuelta del Congreso eslavo de Praga, le esperaba una nueva calumnia de Marx.

«En 1848, dice en un manuscrito, en el primer Congreso de pueblos eslavos, en Praga, Congreso que, dicho sea entre paréntesis, fué reunido por el conde Thun, Palacki y Rieger, con un pensamiento reaccionario, ó sea, formar bajo el cetro de los Habsburgos un poderoso estado tcheque, opresivo y centro de la nueva monarquía austriaca, pero que por nuestros esfuerzos reunidos y gracias á las disposiciones revolucionarias del pueblo y de la juventud de Praga, había tomado una tendencia tan diametralmente opuesta, que fué bombardeado y disuelto por las tropas austriacas.

En este Congreso, combatí encarnizadamente al partido panslavista, es decir, el del protectorado de San Petersburgo, y he proclamado altamente la necesidad de la destrucción del imperio de todas las Rusias, tanto por la libertad de la Europa y por la emancipación de los eslavos de Austria y de Turquía, como por la propia emancipación de los pueblos rusos que se ahogan en el imperio como en una terrible prisión. Es verdad que, poco ceremonioso con las ambiciones alemanas, como con las de Rusia oficiosa y oficial, he proclamado igualmente la necesidad de la destrucción del imperio de Austria y del reino de Prusia, y esto es lo que los patriotas alemanes, constitucionales y demócratas, jamás me han perdonado; ellos soñaban en la Asamblea nacional de Francfort y en todas las Asambleas parciales de los Estados alemanes, en la reconstitución de un gran imperio germánico, al cual añadían en su sueño unas instituciones liberales y democráticas incompatibles con la existencia de tal imperio.»

Bakounine apenas escapó con los otros miembros del Congreso eslavo á las balas de los soldados de Windischgratz, cuando la calumnia del periódico de Marx fué á herirle. El 6 de Julio de 1848 se leía en la *Correspondencia Parisiense* de la *Neue Rheinische Zeitung* (segunda serie de la *Gaceta Alemana* que Marx había fundado en Colonia), «se sigue aquí con la mayor atención, á pesar de nuestras íntimas discusiones, las luchas de la raza eslava en Bohemia, en Hungría y en Polonia. Por lo que toca á la propaganda eslava, se nos ha asegurado ayer que Jorge Sand posee papeles y documentos que comprometen gravemente á Bakounine, ruso proscrito de Francia, indicando que es un instrumento de Rusia ó un agente á su servicio, responsable en gran parte de las detenciones de los desgraciados polacos que se han hecho últimamente. Nosotros no ponemos ninguna objeción al establecimiento de un imperio eslavo, pero no es haciendo traición á los patrio-

tas polacos como se legará á conseguir. Respondiendo á esta acusación, escribió Bakounine, en 9 de Julio de 1848, la siguiente carta al *Allgemeine Oder-Zeitung*, de Breslau:

«Señor redactor, he notado que desde hace algún tiempo, se extienden sobre mí y sobre mi estancia en Breslau rumores calumniosos; es doloroso ver que mis intenciones son desconocidas. Sin embargo, he creído conveniente callar hasta ahora, por que considero indigno de mí el responder á insinuaciones bajas, anónimas, ocultas á la luz del día; además, porque es necesario para mi situación y para la causa que yo represento, atraer la atención pública sobre mí, y, en fin, esta es la razón principal, porque estoy convencido que en el momento actual deben probarse las convicciones más por hechos que por palabras; cada uno tendrá ocasión de mostrar qué servicios hace y cuál es el espíritu que le anima.

Sin embargo, hoy estoy obligado á no guardar silencio; una acusación pública, formal, como la lanzada contra mí en la *Neue Rheinische Zeitung*, exige de mí una respuesta igualmente formal; me la debo á mí mismo y á mis amigos alemanes, y espero, señor redactor, que usted prestará las columnas de vuestro periódico á un extranjero que no tiene otra arma á su disposición que la publicidad de la prensa. Voy á luchar contra un poderoso enemigo irreconciliable, que desde que yo le atacé públicamente en un discurso pronunciado en París, me persigue sistemática é infatigablemente y que llegó á emplear y á explotar para conseguir sus fines, á mis aliados naturales: la democracia y sus órganos.

Me presenta cerca de los gobiernos, como demagogo capaz de todos los crímenes y, al mismo tiempo, quiere desacreditarme ante la opinión pública, extendiendo la acusación de que soy un agente; espera, se conoce, perderme, pero no lo conseguirá.

Creo en mi deber, al enterarme de la acusación que trae contra mí la *Neue Rheinische Zeitung* dirigirme á M. Jorge Sand, y os ruego reproduzáis en vuestro periódico esta carta. Yo me reservo comunicaros lo que resulte de este asunto.»—*M. Bakounine.*

«Señora: Se ha usado de vuestro nombre para extender sobre mí rumores calumniosos; acabo de leer la correspondencia siguiente de París, en la *Neue Rheinische Zeitung* (sigue la correspondencia antes reproducida). No he de haceros notar la significación importante de tal acusación; ó el corresponsal miente ó tiene algún fundamento su acusación. En el primer caso, yo os ruego en nombre de la simpatía que usted me ha manifestado, que desmienta á ese corresponsal. Hay que tener en consideración, señora, que se trata de mi honor, el cual, á la sombra de vuestro nombre, ha sido atacado de una manera odiosa, y que estos ataques ocurren precisamente en el momento en que yo, más que nunca, necesito de la confianza pública para ayudar la buena causa que defiendo.

Si de vos ha partido, lo que no creo, señora, la acusación, entonces no acudo á vuestra simpatía, sino á vuestros sentimientos de justicia y de honor. Mucho os respeto, y os estimo como muy noble y muy concienzuda, para admitir que vos hayáis propagado contra mí y á la ligera semejante acusación, estando vos misma convencida de que no es verdad. Las pruebas no podéis tenerlas, porque no puede probarse lo que no existe. Pero, voy á suponer que tenéis pruebas aparentes y harto poderosas, que os han hecho formar una opinión errónea de mi personalidad. Yo os suplico, que inmediatamente publicuéis todo documento que pueda comprometerme, para refutarlos y, al mismo tiempo, conocer á los autores de una calumnia vergonzosa. Tengo derecho á exigir lo que os pido, porque me han atacado, y vos asumís ante mí y ante el público, un deber sagrado, que es el de aportar la prueba de vuestra acusación.

Tengo el honor, señora, etc.—*M. Bakounine.*»

El 3 de Agosto de 1848 (había estado más de un mes preparando la contestación), el mismo Carlos Marx escribía en su periódico:

«Hemos reproducido en nuestro número 36 (6 de Julio) un rumor que circuló por París.

De él se deducía que Jorge Sand poseía documentos demostrando que el fugitivo ruso Bakounine, es un agente del emperador Nicolás. Nosotros comunicamos el rumor á nuestros lectores, tal y como nos fué comunicado por dos corresponsales distintos y que no se conocían el uno al otro. Cumplimos nuestro deber de publicistas, que consiste en vigilar estrictamente á los hombres públicos, y dábamos al mismo tiempo á Bakounine la ocasión de disipar esta sospecha, que verdaderamente circuló por París en ciertos círculos. Nosotros hemos reproducido la declaración de Bakounine y su carta á Jorge Sand publicadas en el *Allgemeine Oder-Zeitung*, antes de que Bakounine nos lo haya rogado. Ahora damos la traducción de una carta de Jorge Sand dirigida á la *Neue Rheinische Zeitung*, y consideramos este asunto como terminado.»

«Señor redactor:

Con fecha 3 de Julio se ha publicado en vuestro periódico el artículo siguiente: (Aquí va la correspondencia de París ya inserta.)

Los hechos que le han sido comunicados por el corresponsal, son absolutamente falsos, sin la menor apariencia de verdad. Jamás he poseído la menor prueba de las acusaciones que usted trata de arrojar sobre Bakounine, al cual la monarquía destronada ha proscrito de Francia. Por lo tanto, jamás me ha cabido la menor duda sobre la lealtad de su carácter y la sinceridad de sus convicciones.

Apelo á vuestro honor y á vuestra conciencia para la publicación inmediata de esta carta en vuestro periódico.—*Jorge Sand.*»

La Chate (Indre) 20 de Julio de 1848 (1).

El asunto se había terminado, según Marx, á pesar de lo cual vuelve á insistir una y más veces, dando así una prueba patente de su mala fe. Esperándolo Bakounine, dió á conocer sus pensamientos en esta forma:

«Esta acusación cayó sobre mí como un golpe de maza en el momento en que me encontraba en plena organización revolucionaria, y durante algunas semanas paralizó completamente mi gestión. Todos mis amigos eslavos y alemanes me abandonaron.

Era yo el primer ruso que tomaba una parte activa en la revolución. No tengo necesidad de indicar cuáles son los sentimientos de desconfianza habituales, que siente todo espíritu de Occidente cuando oye hablar de revolucionarios rusos. Entonces escribí yo á Jorge Sand, la cual se apresuró á responderme mandándome la copia de una carta que había enviado á la redacción de la *Gaceta Renana*, en la que se la desmentía severa y formalmente. Yo estaba en Breslau y encargué á un amigo, á un polaco, que fuera á Colonia para exigir una retractación solemne y completa. Marx se retractó; echó la culpa al corresponsal de París, y declaró que se había inserto la correspondencia mientras él estaba ausente (2); que él me conocía muy bien para haber podido jamás, etc., etcétera; en fin, un sinnúmero de cumplimientos y manifestaciones de amistad y de estimación. El negocio quedó así.»

Bakounine decía en una de sus cartas, respondiendo á las calumnias de Marx, que

(1) Nettlau I, ch. XII.

(2) Bakounine reproduce aquí la conversación que Marx tuvo con su amigo el polaco Koscielski. Marx no le dijo la verdad, según se desprende de una carta que este mismo escribió al *Morning Advertiser*, de Londres, el 2 de Septiembre de 1843, respondiendo á las acusaciones de Herten y de Glotzke que defendían á Bakounine.

bien pronto iba á sonar la hora en que cada uno tendría ocasión de probar, *no con palabras sino con hechos*, cuáles eran sus sentimientos, y Bakounine lo probó de una manera clara y decisiva. Algunos meses después de la malograda insurrección de Dresde, de la que fué el alma y el héroe, le prendieron, y condenándole á muerte fué entregado al Austria, donde estuvo á punto de que le fusilaran. Fué preso en Rusia, permaneció seis años en la fortaleza de Pedro y Pablo, y por fin fué deportado á Siberia.

Después de doce años de sufrimientos de todas clases, consiguió evadirse. Su misma evasión dió origen á nuevas calumnias de Marx y de sus partidarios. Durante este tiempo, Marx, que jamás se había batido, tomó tranquilamente el camino de Inglaterra, dispuesto á proseguir, con toda seguridad, la campaña odiosa y pérfida contra el revolucionario vencido, y encontró inmediatamente ocasión propicia de hacerlo.

(Continuará.)

---

## Individuo y colectividad.

---

Una extraña preocupación ha dominado al género humano desde los comienzos de su constitución en sociedad hasta el presente.

Todos los pueblos han soñado con una gloria nacional; ninguno ha creído en la posibilidad de alcanzar la dicha del individuo.

Las religiones han perpetrado ese error fundando precisamente en él la base de su existencia: todas han prometido al *individuo* una satisfacción ultramundana de las fatigas y privaciones que en la vida les ha impuesto la *colectividad*; todas han glosado en mayor ó menor escala un verdadero crimen de lesa humanidad, aquella frase mística: «El mundo es un valle de lágrimas.»

Hoy que los pueblos tienden á perder sus caracteres peculiares para seguir la corriente uniformadora de la civilización, las diferentes escuelas fundadas por el pensamiento incurren en el mismo error, y se tiende á dar á la sociedad un brillo y una grandiosidad colectiva en que el individuo vivirá sumergido en el gran todo sin garantías que pongan á salvo su perfecta y absoluta autonomía.

Pretende el absolutista volver á aquellos tiempos torpemente calificados de gloriosos de Carlos V y Felipe II, en que, por el predominio de las armas *del tirano español de odiosa memoria* no se ponía el sol en sus dominios; esfuérganse los partidos liberales por dar á las naciones dominadas por la burguesía capitalista el esplendor que alcanzaron durante el apogeo monárquico; sueñan las democracias con la fundación de repúblicas poderosas en que, por la belleza de sus monumentos, la grandiosidad de sus obras públicas y la exuberancia de su producción brille refulgente la majestad del pueblo; hasta las escuelas socialistas rinden tributo á la preocupación de la gloria colectiva, teniendo en poco al individuo, con tal de presentar su sociedad ideal engalanada con los resplandores de la grandeza, desconociendo todos que el brillo colectivo que oculta la miseria moral y material del individuo es un despreciable oropel.

Imagínese una pila de monedas cuyo total sea 100, por ejemplo; si la mayor parte son falsas, el valor de aquellas 100 unidades es ficticio y por nadie será aceptado. Del mismo modo una nación ostenta exuberante producción, rico comercio, ejército poderoso, solemnes y aparatosas instituciones políticas para encubrir un proletariado sometido á la explotación, y de sus veinte ó veinticinco millones de habitantes, resulta una parte mínima

que viven en un buen medio, mientras la inmensa mayoría hállase reducida á nivel inferior, el brillo de aquella nación será falso para el pensador que juzga las naciones por el fondo de justicia que pueda contener su constitución.

En toda clasificación científica, el individuo ha de tener los caracteres esenciales de la especie, y, por tanto, el hombre es el tipo de la humanidad.

La consecuencia lógica de este principio es que toda agrupación humana ha de hallarse constituida de manera que entre la unidad y el conjunto exista perfecta y justa relación; de modo que las condiciones esenciales de vida y desarrollo físico y moral del individuo no se hallen menoscabadas en lo más mínimo por la colectividad; antes al contrario, ésta sea como el resumen completo de aquéllas.

Es imposible en lo humano repasar la idea *colectividad* de la idea *individuo*. El individuo necesita de la colectividad para alcanzar la plenitud de su ser y la colectividad necesita de los individuos, no sólo para formar número, sino para reunir el conjunto de iniciativas, actividades é inteligencias que en bien de las unidades y del grupo puedan hacerse.

Si por abstracción separásemos estas dos ideas inseparables y quisiéramos desligar al individuo de todo lazo social, como al par que le quitásemos deberes sociales, le quitaríamos los correspondientes derechos, le llevaríamos al estado salvaje, en el cual, digan lo que quieran los modernos salvajistas, no haría absolutamente nada por sus semejantes; hallaríase desligado de toda sujeción y dependencia; pero, no existiendo la solidaridad, sólo tendría para el cultivo de la propia inteligencia sus escasas y exclusivas observaciones, y para atender á sus múltiples necesidades corporales, el limitadísimo producto de su personal y único trabajo, con lo cual viviría ignorante y miserable por todo extremo.

Si, por el contrario, quisiéramos construir una sociedad brillante y poderosa que por sí misma y como organismo mecánico atendiese á las minuciosidades de su vida íntima y á los grandes prestigios del exterior, que á todas partes llevase su acción y por todas las jerarquías distribuyese su savia, llegaríamos á imaginar una *Itaria*, contra la cual protestaba Bakounin en 1868 en Berna en el Congreso de la Paz, en estos términos: «Yo no soy comunista, porque el comunismo concentra y absorbe todas las potencias de la sociedad en el Estado, porque conduce necesariamente á la centralización de la propiedad en el Estado, mientras que yo quiero la abolición del Estado, la extirpación radical del principio de autoridad y de la tutela del Estado, que bajo el pretexto de moralizar y civilizar los hombres, los tiene hasta hoy avasallados, oprimidos, explotados y depravados.»

Semejante concepción de la sociedad no responde al principio fundamental de toda sociedad por reducir al individuo á la condición de simple átomo que vive por y para la vida de un todo, y es tan monstruoso, tan falto de realidad como los monstruos creados por la fantasía de los artistas en las grandes concepciones de ornamentación.

Tiene el hombre grandes aptitudes: puede analizar cuanto le rodea, llegando á sorprender la vida hasta en las más remotas y ocultas cavidades en que radica; puede conocer la ciencia, la substancia y la constitución de todas las manifestaciones de la vida; tiene conocimiento exacto de la mecánica universal; puede elevar su inteligencia á la concepción de la verdad en lo físico y en lo moral, del mismo modo que por la imaginación concibe la belleza, forjando las más brillantes producciones artísticas; pero todo ese poder hállase supeditado á una condición esencialísima: la asociación como generadora de la solidaridad. Por ella el individuo se circunscribe á producir en la esfera de su propia especialidad; por ella se aprovecha de las observaciones y de los conocimientos de

sus semejantes contemporáneos y antecesores á través de los siglos y de las distancias; por ella cambia los productos de su actividad con los de todos los miembros sociales y provee á las múltiples necesidades de su existencia.

Nada es el hombre sin la sociedad, por cuanto la mayor y mejor parte de su vida la emplea en satisfacer su necesidad de sociabilidad para vivir, gozar y manifestarse por la asociación.

Mala es la sociedad si en todas y en cada una de sus unidades componentes no se conserva el tipo natural completado por todas las adquisiciones del progreso.

En la sociedad anarquista, perfectamente libre, que el progreso promete con promesa ineludible y que la autoridad y el privilegio hacen necesaria por sus torpezas y abusos, el hombre y la mujer, con perfecta y holgada individualidad, libres ante todo por su propia conciencia, ilustrados por la sabiduría de los siglos adaptada á su individual criterio, sanos por una higiene pública y privada sin restricción, felices por la combinación armónica de las condiciones individuales y de las instituciones sociales en perfecto equilibrio, lo natural y lo racional, vivirán vida íntegra, desarrollando todos los órganos, todas las aptitudes, todas las capacidades y todas las pasiones.

Si hoy cada uno de los humanos nos valemos de un hombre, porque nuestra parte física hállase atrofiada por falta del natural desarrollo, y nuestra parte moral se limita por el fanatismo, la superstición y las preocupaciones; si hasta hoy las sociedades humanas formadas por tan deficientes componentes han representado colectividades falsas, por cuanto en vez de las voluntades, los pensamientos y la fuerza de todos sus miembros, sólo ha dominado una minoría de voluntades y de pensamientos, por la Anarquía, en la sociedad libre futura, alcanzarán su justo, económico y racional valor el individuo (hombre ó mujer) y la colectividad de individuos (la sociedad).

ANSELMO LORENZO

NOTA. En mi artículo titulado «La lectura en común», los compañeros cajista y corrector me hicieron titular el insigne libro *Los Enigmas del Universo*, de Haeckel, *Los Enigmas del Universo*. En otro más reciente, «Fuerza y ciencia», hay un párrafo en que un *si*, afirmación, con su acento y todo seguido de punto y coma, es un *si* condicional que deja al lector en la imposibilidad de comprender el pensamiento.

---

## CRÓNICA CIENTÍFICA

---

*La ciencia y la prolongación de la vida humana.—Invencción de un aparato para evitar las colisiones marítimas en la niebla.—Necesidad de una nueva utilización del Océano.*

Recientes experimentos de gran interés y de importancia considerable, hechos con la luz solar, el oxígeno y la electricidad, han dado gran impulso á la ciencia en la dirección del descubrimiento del secreto de la vida y de las causas de la muerte. Los gusos de la ciencia, en los laboratorios de Europa y de América, se ocupan actualmente en estudiar el problema de la penetración en el cuerpo humano de los rayos de la luz solar y de la luz eléctrica, cuyas propiedades germicidas quedan establecidas en numerosos experimentos de laboratorio, en que, microbios sometidos á su acción, murieron en sus tubos de cultivo.

Coincidiendo con la publicación del resultado de estos experimentos, se anuncia el descubrimiento hecho por el Dr. Koulapk, de San Petersburgo, que el oxígeno ejerce

una acción extraordinariamente estimulante y *rejuvenecedora* sobre los tejidos del cuerpo, y especialmente los del corazón.

Conocido era ya el efecto notable del oxígeno sobre la sangre, que la purifica é impi. de su coagulación. Koulapik se ha alargado hasta reponer en movimiento el corazón de un niño veinticuatro horas después de muerto. Puesto su aparato en contacto con el corazón muerto, á los pocos instantes comenzó á latir débilmente, y al cabo de una hora las pulsaciones fueron normales y regulares. En una palabra, la reanimación era completa.

Estos experimentos abren á la ciencia nuevos horizontes, y puede presumirse que un porvenir próximo, dominadas las enfermedades infecciosas por la aplicación de los rayos y retrasado el deterioro de los tejidos y del sistema en general por la aplicación del oxígeno, la duración de la vida humana se elevará mucho sobre el término medio normal actual.

El problema planteado ante la ciencia presenta estos dos factores: 1.º Detener los estragos de la enfermedad; 2.º Retrasar ese deterioro de la máquina humana llamado vejez. Si los gérmenes de las enfermedades á que estamos sujetos pueden destruirse, habrá desaparecido, y eso es precisamente lo que algunos sabios buscan en este momento

Está probado que la luz es un medio casi infalible para la destrucción de los gérmenes y, por consiguiente, para la curación de las enfermedades, y que el oxígeno posee propiedades maravillosas para vivificar el corazón y los tejidos. Con el uso combinado, de la luz y del oxígeno se concibe ya la posibilidad de prolongar la vida humana hasta la edad de ciento veinte años. Para obtener esos resultados, los numerosos descubrimientos hechos recientemente acerca de la naturaleza de la luz han sido aplicados con buen éxito al cuerpo humano, y se ha llegado á aplicar directamente á los tejidos por medio de una corriente eléctrica y no por los pulmones.

En el número de los recientes descubrimientos que han conducido á ese conocimiento del secreto de la vida y de la muerte, se cuenta, por ejemplo, el uso de los rayos X, de la lámpara de arco y otras varias formas de luz para la destrucción de los gérmenes de las enfermedades, la acción del oxígeno sobre los tejidos y los notables descubrimientos del profesor Leeb sobre las propiedades revivificantes de la electricidad.

La conexión existente entre esos descubrimientos puede explicarse sencillamente: la luz del sol es el agente que mantiene la vida en todos los cuerpos organizados; los rayos X y los rayos ultravioletas del espectro tienen propiedades notables como germicidas. La luz de la lámpara eléctrica de arco posee gran número de rayos vivificantes y antimorbosos del sol. La luz, al pasar á través de los tejidos, los oxida, y una corriente eléctrica obra de modo análogo.

La tuberculosis, el cáncer y varias otras entre las más terribles enfermedades que afligen á la humanidad, se tratan actualmente con feliz resultado con los rayos luminosos, solares y eléctricos. El oxígeno activa los latidos del corazón y la luz da oxígeno al sistema. Todo está en eso. Para la vida se necesita la luz: sábese hace ya mucho tiempo que la obscuridad, lo mismo que el aire impuro, son generadores de enfermedades, aunque hasta el presente no hayamos sabido que la luz tenía propiedades tan saludables.

••

Hasta el presente no se conocía otro medio para evitar las colisiones marítimas en las nieblas que el sonido de las sirenas, el cual sirve para indicar la existencia de un peligro.

pero no el modo de evitarle, ya que no se sabe si amenaza por proa ó popa, babor ó estribor.

Un ingeniero belga, M. de Meulemeester, ha inventado un aparato que resuelve la dificultad; se compone de dos partes: un receptor de sonidos y un indicador. El receptor consiste en una docena de trompetas, convenientemente colocadas para recibir sonidos procedentes de todos los puntos del horizonte, y el indicador es un colector del mismo género, que indica la orientación de los sonidos y hasta su aproximación y alejamiento.

Parece que los ensayos han sido felicísimos, siendo de desear que su aplicación se generalice inmediatamente, evitando así una de las causas más frecuentes y tremendas de los siniestros marítimos.

\* \* \*

Se admite que llegará un día en que los yacimientos de carbón, por inmensos que nos parezcan, se agoten. Cuando se trata de esta posible eventualidad suele decirse: «Cuando llegemos á ese caso utilizaremos la fuerza de las mareas.»

El problema de la utilización de las mareas es más complicado que lo que generalmente se cree. En primer lugar, las mareas varían considerablemente de altura, según las estaciones y las localidades, y únicamente en algunos sitios un conjunto de circunstancias favorables, difíciles de reunir, permite intentar la solución.

La cuestión principal, dado que el flujo y reflujo sean esencialmente periódicos, consiste en almacenar su energía para utilizarla de una manera constante, y á este efecto se ha pensado en la construcción de estanques que se llenen durante las mareas altas, lo que tiene el grave inconveniente de que la energía obtenida por ese procedimiento subiría á un precio excesivo y exigiría un capital exorbitante, toda vez que se calcula que, en circunstancias favorables, uno de esos estanques, de dos metros de profundidad, suministraría escasamente 20 caballos de fuerza durante cinco horas por hectárea de superficie.

Existen, no obstante, sitios excepcionalmente raros, donde las condiciones son más favorables.

Un ingeniero inglés, Mr. Louis Bell, en una revista profesional, ha dedicado recientemente un interesante artículo á este asunto, indicando que en la bahía de Fundy, en el Atlántico (Estados Unidos), donde el flujo se eleva á más de 12 metros en las condiciones normales, podrían obtenerse más de 200 caballos por hectárea de estanque. Esta bahía, que tiene una superficie de unos 1.000 kilómetros cuadrados, desperdicia, por la embocadura formada por los dos promontorios situados á ambos lados de su estrecha entrada, una fuerza de más de 200 millones de caballos de vapor cada veinticuatro horas.

Para captar esa fuerza se necesitarían maravillas mecánicas, ante las cuales toda la maquinaria usada hasta el presente no pasaría de insignificantes juegos infantiles.

Como quiera que sea, el impulso de la necesidad es grande, el poder de la ciencia es infinito. No puede, pues, dudarse de la eficacia del progreso.

*Tarrida del Mármol.*

# CUESTIONES SOCIALES

## II

### **Sofismas pseudo-emancipadores.—Las cooperativas y el ahorro.—Participación de los obreros en los beneficios de la producción.**

Crean algunos desdichados ilusos, que *mejorando la situación de las cosas* y poniendo á los obreros, mediante la protección del Estado, en condiciones de poder tratar de igual á igual con los patronos, se fortalecerán los vínculos sociales entre los hombres, y que por ese camino muy bien podríamos llegar, sin violentas alteraciones revolucionarias, á una situación de concordias serenas en la cual la *bilateralidad de los pactos sociales*, fuera un hecho inconcuso. Para esto, desde luego, cuentan como factor principalísimo, con el apoyo de los poderes constituidos, poderes que, desgraciadamente, suponen y son la mayor y más perturbadora de las desigualdades sociales. Y ya metidos á fantasear, los que tal piensan, sociólogos sensibles y sin alcances ni noción de la realidad, admiten también como bueno el gran absurdo económico-social de que, por la elevación siempre ascendente de los salarios, es posible llegar tranquilamente á la verdadera moralización igualitaria de los contratos pactados entre patronos y obreros; esto es, entre los capitalistas que explotan el trabajo proletario y los trabajadores que viven del trabajo propiamente dicho.

La aberración, como se ve, no puede resultar más tristemente lamentable.

Los que tal piensan ignoran en absoluto las leyes del valor, y por eso creen eficaz y provechoso para la realización de la justicia social, la existencia del salario más ó menos ampliamente remunerador.

No, apreciables propagandistas del subterfugio más ó menos pulidamente silogizado: el salario jamás podrá ser el fiel regulador de la justicia social, porque el salario es el signo novísimo de la esclavitud proletaria.

«Todo el que recibe salario, es esclavo»—; escribe Marmontel. Y si esto es así, como parece evidente, los que creéis posible la dignificación y redención del pueblo obrero mediante la elevación de los salarios—elevación impuesta al capitalismo autoritariamente por el Estado—no tenéis conciencia del valor exacto de vuestras aspiraciones.

Sólo así puede explicarse satisfactoriamente el absurdo de que pretendáis elevar á los hombres del trabajo sumiéndolos en la eterna dependencia del salario, siendo evidente, como desde luego lo es, la verdad sociológica de que todo salario, hasta el más elevado y remunerador, resultará siempre, mientras subsistan las actuales circunstancias, despojador y denigrativo para la clase trabajadora.

Todo contrato entre capitalistas y obreros, es un acto injusto de explotación, y el salario, aunque fuera elevado en la proporción de un *mil por ciento*, continuaria siendo y representando lo que hoy es y representa: el signo evidente de la servidumbre del trabajo, de la esclavitud económica del proletariado; porque el capitalismo cuenta con medios más que suficientes para conseguir el *hecho maravilloso* de que, en las manos del pueblo productor, pierdan los elementos de riqueza *el valor nominal que les fuere reconocido antes de ser adquirido por los factores humanos del trabajo*.

Esto á primera vista parece absurdo; pero, para los capitalistas que viven y medran en los intríngulis de la explotación, es la cosa más fácil y llana del mundo.

*Paga* el capital al trabajo los esfuerzos humanos que para producir realiza en signos monetarios de valor convencional y mutable, y con sólo procurar la elevación de los precios de los elementos más indispensables de vida, conseguirían los poseedores del capital, siempre y cuando quiera que así lo apetezcan, realizar el mágico milagro de que, en las manos de los obreros, resultara en lo porvenir de menor valor disfrutable y, por ende, remuneratorio, *un duro que al presente una sola peseta*.

Propietarios de los campos, de las minas, de las fabricas y de los talleres; dueños del dinero y poseedores del poder social; amos discrecionales y absolutos, en fin, de la propiedad rústica y urbana en todas sus diversas manifestaciones, los capitalistas, mientras

do dejen de serlo, podrán impunemente hacer cuanto se les antoje sin temor á nada ni á nadie, y seguirán, como hasta aquí, explotando al pueblo, violando las leyes y ciscándose en el derecho...

Y, claro está, cuando tales cosas son posibles; cuando en las manos de los capitalistas se encuentran acumulados cuantos elementos financieros, económicos, políticos y gubernamentales son necesarios para perturbar las leyes del valor; cuando la explotación puede á su antojo alterar y mixtificarlo todo en los amaños abrumantes de sus especulaciones despojadoras; cuando, en fin, la luz y el derecho se hallan privados por el imperio bárbaro de la fuerza, nada bueno puede ni debe esperarse que no sea resultado de la ruina completa del régimen capitalista.

No hay, pues, que darle vueltas: la ley del salario, engendro vergonzoso de la explotación capitalista, no producirá jamás la elevación y el engrandecimiento moral y social de las masas esclavas, porque esa ley fatal, que, en el régimen de la libre concurrencia, según han demostrado Turgot, Smith y Ricardo, gravita siempre hacia el *mínimum* del coste diario del sostenimiento del trabajador, se opone á todo progreso civilizador y es origen de toda explotación social y humana dependencia.

\* \*

Inciendo en idénticos errores económico-sociales á los apuntados precedentemente, creen algunos espíritus altruistas, discípulos bonachones del cándido Schulze, en la virtud regenerante de las cooperativas de artículos de consumo para producir el mejoramiento económico de la triste condición precaria por que atraviesan generalmente los obreros.

Y tan eficaz hallan ciertos sabios economistas é ilustres pensadores la *acción redentora del sistema cooperativo*, que llegan hasta á suponer, desde luego peregrinamente, que mediante su aplicación y generalización universal, le sería dado al pueblo productor obrero llegar nada menos que á su emancipación completa. Como se ve, el absurdo es, realmente, piramidal. Sin embargo, tiene infinitos propagadores y se difunde con calor por todo el orbe civilizado.

En España, un hombre ilustradísimo, digno de la mayor estimación y respeto por la varonil entereza de su ánimo altruista, noble y levantado, el Sr. Salas Antón, hallase entregado en cuerpo y alma, con sinceridad y entusiasmo, á la propaganda y fomento de las cooperativas de consumo y de trabajo, y á fe ínta que me extraña extraordinariamente el hecho singular de que hombres de tal valía distraigan su tiempo y gasten sus energías en defensa de causas nimias, cuando cuentan con bríos sobrados y disponen de inteligencia preclara para luchar por causas más grandes.

Pretender mejorar las condiciones de la pésima existencia precaria y miserable en que viven sumidos los infelices proletarios, mediante el establecimiento de cooperativas de consumo ó de trabajo, es real y positivamente echar mano del ahorro en su forma indirecta; y el ahorro, hay que desengañarse, no puede hacer milagros desarrollado bajo los auspicios del capitalismo y á expensas del salario.

El ahorro, dicho sea con perdón de sus entusiastas panegiristas, no puede ser eficaz aplicado como elemento emancipador de la masa trabajadora esclava del jornal, porque el obrero jornalero no posee cosa alguna *ahorrable*. Vive en las negras miserias de la privación y de la escasez; come insuficientemente, se alberga en inmundos casulorios, viste harapos y no dispone, en fin, de medios dignos para desenvolver, en toda la extensión de su plenitud magnífica, sus facultades de ser racional, inteligente y sensible.

¿Cómo queréis, pues, vosotros, los defensores del ahorro, cómo queréis que el obrero *ahorre* cuando le veis consumirse prematuramente, lánguido y mustio, en la terrible ruina de su propia miseria fisiológica?

Si el obrero está hambriento; si el obrero muere pasto de la tisis y de la anemia, ¿cómo queréis que ahorre? ¿No sería más humano procurar el aumento de la ración exigua de su pan, que no incitarle con sofismas sugestivos á que se emancipe de sus explotadores dejando de comer?

Predicar el ahorro como medio de redención social bajo un régimen de hambres y miserias cruentas, es predicar el suicidio por inanición; es pretender que los obreros acepten voluntariamente el suplicio horrible de Tántalo, mientras que la feliz chusma burguesa que domina el mundo, se atiborra opíparamente, y regüelda ahita, y escupe

sobre el rostro de sus paciente explotados el náuseo vomitón de la permanente borra-  
chera de placeres en que se inflama hasta estallar...

\* \* \*

Los que perteneciendo al mundo del privilegio, proclaman las excelencias del ahorro como factor seguro de emancipación é independencia social, lo hacen bien persuadidos de la falsedad evidente del procedimiento en cuestión para que, gracias á él, puedan redimirse los obreros de las glebas del trabajo forzado; pero con el fin preconcebido de interesarlos en los negocios burgueses y poder así ir prolongando la existencia del predominio capitalístico.

Pretenden los mesócratas de todos los matices, adormecer las rebeldes virilidades del pueblo, á fin de retardar en lo posible el temido instante de su redención; y claro está que para ello apelan á esos torpes procedimientos de relumbrón que seducen y sugestionan momentáneamente, pero que en definitiva nada evitan ni resuelven.

Los partidarios del régimen capitalista hacen lo que lógicamente deben hacer al proceder así, pues que sirven su causa. Pero nosotros, los revolucionarios pasivos ó militantes, estamos obligados á deshacer el encanto engañoso y falaz, mostrando á las masas obreras en toda su alarmante extensión la siniestra gravedad de las nuevas añagazas burguesas, advirtiéndolas de que sólo con arranques viriles y actitudes de fiera gallardía heroica y perseverante, lograremos acabar con la tiranía inicua de la explotación del hombre por el hombre, tras un luchar incesante que concluya por trastornarlo todo de arriba á abajo...

\* \* \*

A pesar de lo dicho precedentemente, no somos, sociológicamente hablando, no somos contrarios del ahorro bien entendido y practicado con prudencia, ni jamás nos oponemos al establecimiento de cooperativas obreras de consumo ó de trabajo. Conocemos los beneficios de la cooperación y del ahorro bajo las actuales circunstancias, y los juzgamos, ó creemos juzgarlos, en su *justo valor*. Pero, francamente, no se nos alcanza el cómo hombres de verdadera ilustración, que parecen amar de veras la causa del pueblo, que es la causa de la civilización, de la justicia y de la libertad, caen en la lamentable ligereza de suponer que, por medio de las cooperativas de consumo y aun de trabajo, pueda llegar el proletariado á su emancipación ni mucho menos, cuando está demostrado que esos remedios no son más que simples paliativos sin importancia decisiva, que obran solamente en beneficio de una pequeña parte del pueblo obrero y que sería imposible generalizar hasta la universalización.

Y tan errados andan, á juicio nuestro, los propagadores ilustres de la cooperación y del ahorro, que estamos profundamente convencidos de que, aun dado caso de que se se consiguiera la *generalización universal del sistema cooperativo* en sus diversas aplicaciones, hasta lograr que de sus ventajas económicas gozaran todos, ó la mayor parte de los trabajadores del mundo civilizado, cosa que juzgamos punto menos que imposible cuando á tal estado llegaren las cosas, como el sostedimiento de los trabajadores sería entonces *menos costoso*, el capitalismo, echando mano de la ley del salario, en sus extrañas oscilaciones de alteración perpetua de las leyes del valor, produciría sistemáticamente la depredación de las remuneraciones del trabajo proletario, *rebajaría el jornal, abarataría la mano de obra hasta buscar el nivel del coste mínimo, y con esto tendría bastante para continuar dominando la situación.*

Y no se nos diga que con las cooperativas de trabajo se haría imposible el predominio burgués en las alteraciones de las leyes del valor, porque el establecimiento de ese género de cooperativas, jamás dará otros resultados que los de aumentar el poder del capitalismo, creando nuevas castas de burgueses, más ó menos liberalmente sindicados, para ejercer la explotación del trabajo y vivir á costa del sudor ajeno.

Todo cuanto el obrero haga, ó le hagan hacer, para mejorar su suerte afflictiva, resultará, fatalmente, indeclinablemente, sin eficacia liberadora alguna, mientras perdure el actual estado de cosas.

\* \* \*

Otro de los tópicos *emancipadores* sin valor real alguno, es *eso de la participación de los obreros en los beneficios de los negocios del trabajo*.

Los economistas que tales teorías propalan y los patronos que las ponen en práctica, realmente se pasan de listos. Saben muy bien que por ese lado nada tiene que perder el capital, pues que, aceptada que fuera por los hombres del trabajo condición de tal índole, quedaría reconocida de hecho la existencia legal del capitalismo, y esto es precisamente lo que se busca, y para eso se inventan y ponen en juego esas mil y unas llamantísimas teorías de participación y distribución de los beneficios del trabajo entre obreros y capitalistas.

Más práctico y beneficioso que la participación en las ganancias de los negocios de la producción burguesamente organizada juzgamos nosotros la *reducción a ocho horas como máximo de la jornada diaria de trabajo*, porque entendemos que si siempre, fatal é ineludiblemente siempre, la cuantía del salario ha de gravitar sobre el *coste mínimo de la manutención diaria del obrero*, lo mejor y más acertado será procurar, por todos los medios al caso conducentes, que la jornada de trabajo resulte lo más corta posible, á fin de que puedan hallar fácil ocupación un mayor número de obreros, evitándose así, en la medida de lo posible, la ruinosa concurrencia de los *sin trabajo*.

Siendo impuesta á los patronos, mediante paros generales ó parciales prudentemente organizados y preparados, la *jornada máxima de ocho horas*, se obtendrían inmensos beneficios en la dignificación del proletariado, no solamente por aquello de que en las grandes fábricas y talleres en que se trabaja permanentemente, de día y de noche, sin solución de continuidad, *por cada dos hombres que al presente se ocupan*, habrían entonces, en igualdad de circunstancias, *de ocuparse tres*, si que también por los saludables efectos regeneradores que el mundo obrero experimentaría gozando de tal mejora en el desarrollo físico, moral é intelectual de todas sus propiedades, aptitudes, pasiones y pulcros refinamientos estéticos.

Procurar descanso á los que tanto trabajan y se desvelan para mal vivir en eterna fatiga bestial, es una obra loable y civilizadora de altos alcances humanitarios de regeneración moral y espiritual.

La explotación capitalista absorbe cuanto el trabajo proletario produce, y ha llegado á exprimirlo todo de tal manera, que el obrero, verdadero productor, se ve imposibilitado de ser racionalmente consumidor, no obstante resultar el incubador fecundísimo de todo producto y riqueza, lo que ante la justicia económica constituye un crimen horrendo de lesa humanidad, crimen monstruoso que por sí solo es lo más bastante para condenar la existencia de este inicuo régimen social, amparador brutal de semejantes infamias humanicidas.

En resumen: la elevación de los salarios sólo supone un alivio momentáneo en el mejoramiento de la triste situación en que viven sumi las las clases proletarias, y todos los beneficios y economías de la cooperación y el ahorro no conseguiran tampoco elevar en lo más mínimo la lamentable condición social del pueblo trabajador aherrojado.

Sin modificar el régimen, sin destruir de cuajo la flagrante injusticia opresora en que informa, inspira y apoya fuertemente la actual legalidad, todas las tentativas de regeneración social que imaginen y pongan en práctica los hombres altruistas, piadosos ó gubernamentales, irán fatalmente, indeclinablemente, á estrellarse contra la ley del salario *mínimo ó natural*.

El régimen es de esclavitud y necesita alimentarse de esclavos. Hay, pues, que acabar con el régimen; hace falta producir la emancipación económica de todos los hombres.

El capitalismo es la causa del infortunio de la humanidad; el socialismo establecerá la paz y la dicha entre los hombres.

Trabajemos, pues, por la más inmediatamente posible supresión del régimen capitalista. Trabajemos, sí, trabajemos con entusiasmo creciente, con fe vivísima é inquebrantable por la pronta redención de los hombres esclavizados, no cejando en nuestra labor hasta que consigamos la completa transformación de este mundo humano pobre, caduco, ignorante y oprimido, en un mundo rico, joven, robusto y libre...

Donato Luben.

# NIEGO, DUDO, CREO

## I

La religión cristiana tiene la fuente de todos sus argumentos en esto: «No existe efecto sin causa; el mundo existe, luego es un efecto de una causa; esta causa es necesariamente Dios, ser separado de todo ser, como un hombre de otro hombre.

El anticatólico, el anticristiano, el que niega á Dios como ser esencialmente intrínseco, casi viene á fundar sus negaciones en ese mismo argumento, pero partiendo de más allá. Si no hay efecto sin causa, y el mundo, como efecto de una causa, que es Dios existe, ¿cuál es la causa de Dios?

Esto es incontestable, porque ni cabe creer que la causa de Dios es Dios mismo. Y de sentar esta hipótesis (de que la causa de Dios es Dios mismo—lo cual no puede concebirse—) idéntica razón puede alegarse y ejercer la misma fuerza convincente respecto á la teoría de algunos filósofos que definen á Dios en el sentido de que él es el orbe, el universo, lo existente; y, por tanto, si Dios no tuvo principio ni tendrá fin, y el orbe, la armonía universal de las cosas constituye lo que se llama Dios, el orbe, el universo no tuvo principio ni tendrá fin, porque es causa de su misma causa. Según esto, cada astro, cada hombre, cada árbol, cada roca, cada monte, cada fuente, cada río, cada mar; el fuego, la lluvia, el huracán, la luz, las sombras, el vacío, son elementos integrantes ó componentes de ese Dios, ó lo que es lo mismo, del universo.

## II

De lo anteriormente apuntado, se deducen dos hipótesis que se sostienen en la misma base. Una, *Dios Divinidad*, ser inmaterial, que creó y que rige el universo desde regiones apartadas de él; y la otra, Dios, que entraña la misma armonía de las cosas existentes.

La primera, es rotundamente negada por algunos; y francamente no se concibe como Dios, siendo sabio y justo, permite la consumación en el mundo de tantas iniquidades.

Si Dios creó el mundo con hombres malos y buenos; con placeres y abundancias para unos y dolores y escaseces para otros; infundiendo á los primeros el instinto de las prácticas del bien, y á los segundos el de las del mal, y porque el así lo creó ha de haber siempre hombres buenos y malos, ¿por qué éstos, predestinados por él á ser lo que son, van á sufrir castigo? Y el que crea una cosa, que encierra miserias, para *recrearse*, viéndola, ¿no es un egoísta y un cruel, cualidades antitéticas á toda divinidad?

La segunda hipótesis de que Dios es el universo, la armonía de las cosas existentes me parece más aceptable. Por naturaleza somos los hombres buenos ó malos; estos llevan en su mismo pecado la penitencia; aquéllos reciben el bien por el bien mismo que realizan. En el bien que reciben los buenos se manifiesta la natural bondad de Dios Naturaleza; en el malestar, persecuciones y abatimiento de los malos, se manifiesta Dios Naturaleza terriblemente justiciero. Aquello es lo que podemos llamar gloria; esto otro, infierno, dos mansiones ó estados bajo una misma potestad.

Ocorre que hay buenos que padecen mil calamidades, y malos que gozan de una ventura á aquellos perteneciente; y esto implica una ficción natural que de ninguna manera prevalecería, por injusta, si existiese un Dios divino, ser separado de todo ser, omnisciente y omnipotente, que penetrase en las conciencias de los hombres, compeliéndoles hacia el mejor derrotero, pues, como ya tengo dicho, aunque por engaño vivan felizmente personas que no deben disfrutar de ventura, dado su proceder para con los semejantes, no es justo que se les castigue *en el otro mundo*, teniendo en cuenta que no pueden ser culpables ni responsables del mal que realizaren *en éste* al seguir el camino de la predestinación divina, que hubiera de establecer, según esto, diferencias de prodigalidad, antitéticas á ella.

En mi sentir, estas miserias tienen que ir aminorándolas los *hombres buenos*, parte del Dios Naturaleza, atrayendo por la persuasión á los malos; haciendo que los hipócritas ajusten sus actos á aquello que fingen, y realizando inventos salvadores contra esos otros elementos componentes de aquél, como son la furia de los mares, de las tormentas y de las lluvias; la acción de los glaciales fríos y de los intensos calores, á la manera que se ha realizado el prodigio de detener y encadenar al ígneo rayo en su vertiginosa caída.

## III

¿Qué hipótesis de éstas es la más ostensiblemente verídica? ¿La primera ó la segunda, ó ambas ó ninguna á la vez?

Un impulso interno me lleva hacia la última, obedeciendo al peso de la lógica que he empleado.

Concienzadamente hablando y discurriendo, amoldado á lo que la conciencia me dicta, *niego* la posibilidad de un Dios *bueno* que crea el mal; de un Dios *justo* que este mal castiga con pena eterna; de un Dios misericordioso, que es inflexible. No puede uno ser bueno, si por Dios está destinado á ser lo contrario. Yo quizá sea un malvado, y no quiero serlo. No puede ser cierto aquello que Dante soñó leer en la puerta del infierno: «La giustizia mosse mi alto factore.» No puede haber misericordia donde existe el rigorismo de la justicia.

Admitiendo que el *Dios Divinidad* pueda ser justo y misericordioso, y, por ende, injusto á la vez, *dudo* de si el que *existe* es éste ó el Dios Naturaleza primeramente descrito.

No obstante, digo con Voltaire, que son vanos los esfuerzos que se hagan para definir á Dios; los que creen, creen porque *creen*, sin hacerse reflexiones, pues con ellas nada se consigue al fin, más que caer en un revuelto mar de confusiones privativas de la acción de nuestra limitada inteligencia. Esta es una razón poderosísima para que nos abstengamos de sustentar creencias que quizá sean erróneas.

Ocurre que los adeptos de cada religión ven la *verdadera* en la suya. Para un mahometano, un cristiano es falsario, detestable é irredimible si no adjura de sus creencias. Igual juicio hace éste respecto de aquél.

El que venera á Alá en las Mezquitas, echado boca abajo, es para el cristiano un fanático; el que venera á Dios en las iglesias con la cabeza erguida y las manos juntas y levantadas, merece igual juicio del mahometano.

Las ceremonias litúrgicas de cada religión, parecen ridículas á las otras religiones: como no sabemos cuál es la verdadera, es prudente no someternos á los preceptos de ninguna.

Para no equivocarnos, concretémonos á cumplir la máxima de «quiere para otro lo que quieras para ti mismo», consignada lo mismo en El Talmud, que en El Koran, que en El Libro Sagrado de Buda, que en la Biblia católica, que en la protestante, etc.

*Creo* en Dios, manifestado en la sublimidad de esa máxima, con la cual únicamente sin temor á castigos y penas eternas, acaba mi escepticismo...

## IV

He aquí explicado cómo *niego* á Dios, *dudo* de Dios y *creo* en Dios...

Manuel R. Salas.

---

## VITALIS

Noche sin luna, fulguraban las estrellas en el negrísimo firmamento.

Había dejado las desiertas calles del pueblo. Caminaba á la ventura, por el deseo de gozar de la serena y apacible noche de primavera, y sin darme cuenta de ello, llegué hasta los muros del pequeño cementerio.

Nunca me ha atraído la tranquila mansión de los muertos, ni aun cuando más triste y abatido he estado, cualidad que atribuyo á mi ardiente amor por la vida; pero al hallarme allí, por una natural asociación de ideas pensé en el término fatal de la existencia, en el misterio de la muerte, tras el cual se oculta otra vez la vida, y acabé por acordarme que precisamente al atardecer de aquel día, el cuerpo frío de una hermosa joven había aumentado la silenciosa corte de la fatal deidad que reina soberana en ultratumba.

sin ser miedoso, sobrecogióse mi ánimo y traté de distraerme contemplando el estrelado firmamento. El efecto fué inmediato: sentí más tranquilidad, más firmeza. Y es que

la inmensidad del cielo, como la inmensidad del mar, parece obrar cual benéfico calmante sobre los ánimos perturbados é intranquilos.

Satisfecho de mí mismo por la prueba de valor que había dado llegando hasta los muros del cementerio á media noche, hora de los aparecidos, di media vuelta, repitiendo mentalmente el verso aquel:

¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!

¡Los muertos! No creo en aparecidos, pero confieso que palpité aceleradamente mi corazón al divisar una sombra que se acercaba.

Indudablemente no era un muerto, porque los muertos no andan; ni alma en pena, puesto que las almas, según afirman quienes pretenden conocerlas son incórporeas é invisibles. Por lo tanto, deduje que era una ilusión de mis sentidos ó un ser vivo, de carne y hueso; y satisfecho de mi razonamiento, esperé á un lado del camino.

Al pasar junto á mí, la sombra dijo:

—Hoy ó nunca...

Conocí la voz: era del doctor Vitalis.

\* \* \*

Extraño ser era el doctor. Chiquito, flacucho y feísimo, hacía pensar, al verlo, que quizás sea el mono una degeneración del tipo humano.

En el pueblo tenía fama de ser un sabio con su poquitín de loco; pero yo tenía mis dudas acerca de su pretendida sabiduría, y más bien creía que era un loco sin pizca de sabio.

Paseando con él cierto día, me habló de la posibilidad de alargar indefinidamente la vida humana, y acabó por decirme con mucho misterio, bajando la voz:

—Sí, amigo mío, ya he hallado el modo de eternizar la vida.

—Doctor—objeté— ¿está usted seguro de ello?

—Segurísimo, hipotéticamente hablando.

—Permítame. Una cosa es la seguridad que presta una hipótesis, por bien fundada que esté, y otra la seguridad basada en los hechos.

—Me explicaré. Fundándome en la teoría de que al cesar la vida en un ser, obedece el fenómeno al agotamiento de fuerza vital, bien por un medio natural, como sucede en los que mueren de vejez, ó ya de un modo violento, como acontece en los que mueren de enfermedad, he deducido que reponiendo la energía vital gastada, vuelve el organismo humano á su regular funcionamiento. Armado de esta deducción lógica me he dedicado á buscar el origen de la fuerza vital, y tras un período de treinta años de incansables estudios y experimentos, creo haberlo hallado.

Expresaba con tal gravedad y aplomo su majadería científica, que, más que lástima, me inspiró admiración aquel pobre maniático.

Pero al despedirme de él, no pude menos que decirle:

—La vida del hombre es tan miserable, que no vale la pena de que se rompa usted la cabeza buscando el modo de eternizarla.

Mírome algo contrariado y contestó con tristeza:

— ¡Usted también es de los que dudan! No importa, algún día se convencerá.

\* \* \*

Al ver al Dr. Vitalis en aquel camino y á aquella hora, presentí algo que tuviera relación con su locura, por lo que determiné seguirlo.

Al llegar ante la puerta del cementerio, se detuvo, dejó en el suelo una linterna que llevaba escondida, y en el ángulo de luz que proyectó pude ver también un pico y un azadón; luego abrió la puerta con una llave, recogió los instrumentos y entró, cerrando tras de sí.

¿Qué iba á buscar allí el viejo doctor? Esta idea me atormentaba y excitaba mi curiosidad. Podía fácilmente escalar el muro, no muy alto; pero pensé que la puerta sólo estaría entornada. No me equivoqué. La puerta cerró y entré á mi vez, no sin cierto sobresalto. Vitalis estaba ya al extremo opuesto del reducido cementerio, removiendo la tierra con su pico. Acerquéme con precaución hasta llegar á un árbol, tras cuyo tronco podía observar sin ser visto.

El doctor removía la tierra encorvado. La luz de la linterna lo alumbraba siniestramente. Sus ojos brillaban, su faz congestionada estaba cubierta de sudor, y su boca, contraída, murmuraba incomprensibles palabras.

Un estremecimiento de terror agitó todo mi cuerpo; sentí el hálito de locura que se desprendía de aquel hombre, mezclado con el de la muerte que flotaba en la pesada atmósfera. La brisa callaba, y sólo de vez en cuando un débil murmurio, parecido á plañidero gemido, bajaba del copudo árbol.

Vitalis, después de remover el suelo, ahondó en él el azadón, sacando la tierra hasta dejar al descubierto un negro ataúd. Con auxilio del mismo instrumento levantó la tapa de la caja, que contenía el cadáver de una joven y hermosa mujer.

En aquel momento, leve brisa pasó susurrante, acarició el pálido rostro de la muerta agitando los rizos de su frente y se perdió luego en el espacio, como un gemido de eterno pesar que se alejaba.

Sentí un malestar de espíritu que me impedía estar quieto. No podía continuar siendo simple espectador. Salí súbitamente de mi escondite y avancé con resolución.

—¡Doctor Vitalis!—exclamé.

Dió un salto hacia atrás y me miró con sus penetrantes ojos verdes, en actitud indefinible, no sé si de desafío ó de temor.

—¿Qué quiere usted? ¿Porqué me expía?

—La casualidad hizo que lo encontrara y le seguí.

—Me siguió, ¿eh! me siguió. —dijo mirándome recelosamente.

Tras un momento de silencio, se acercó, cogió mi mano entre las suyas, ardientes y sudorosas, y agregó:

—Usted es mi amigo, ¿verdad?

Hice un signo afirmativo.

—Sí—continuó—yo sé que puedo contar con usted. Tiene bastante inteligencia para comprender que cuanto hago, es guiado por un fin noble y humano. Usted no lo ignora: quiero eternizar la vida, anhelo comprender el enigma del ser y del no ser.

—Propósito loable, doctor; pero, ¿es realizable?

—Esto es lo que me propongo probar.

—¿En este cuerpo?—dije señalando el cadáver.

—En este cuerpo.

—¿Aquí?

—No, aquí no es posible. Es preciso llevar el cuerpo á mi casa.

—Pero, doctor...

—Ni una objeción, amigo mío; la ciencia tiene sus exigencias.

—Lo que usted hace es una profanación—insistí.

—¡Bah!—contestó.—¿Qué importa profanar la muerte si en cambio doy la vida?

—¿Y si todo resulta una ilusión?

—Nada se perderá, volveré el cadáver á su sitio.

Comprendiendo lo absurdo de lo que pretendía, me di por vencido, tentado quizás por mi curiosidad. No era posible que diera nueva vida á aquel inanimado cuerpo; pero ¿no podía haber algo utilizable en su locura? ¿Cuánto no debe la ciencia á las extravagancias de los antiguos alquimistas? Quién sabe si aquel loco, buscando la renovación de la fuerza vital, hallaría una fuerza desconocida que, si no eternizaba la vida, contribuyera al conocimiento de los misteriosos agentes que en la misma obran.

Me llevó ante el cadáver y con gesto soberbio, con voz profética y acento inspirado, díjome:

—Mire usted este cuerpo inanimado, inerte, sin luz en los ojos, sin sangre en las venas. Su cerebro no piensa, ni su corazón palpita; su boca, huérfana de aliento, ya no sonríe; sus labios ya no pueden devolver el beso ardiente del amante. La misma belleza de su rostro, es la pálida belleza de la inuerte, muda, fría, inexpresiva. Pudiera compararse este cuerpo á una bella arpa de rotas cuerdas, que ya no pueden vibrar entonando la música de la vida. Pero la caja del arpa está aquí, y bastaría renovar las cuerdas para que otra vez salieran de ella, al impulso de nuevos sentimientos y nuevas pasiones, las vibrantes notas del dolor y del placer, del amor y del odio...

Calló, emocionado. Su rostro estaba transfigurado, casi bello, animado por el fuego de su alma delirante.

—Y bien—continuó—; yo haré que sangre sana corra por sus venas, que su corazón palpite y su cerebro piense: yo daré á sus mejillas color, á sus ojos brillo, á sus labios movimiento, á todo su cuerpo vida... El intento es noble, ¿quiere usted ayudarme?

.....

\* \*

La casa del doctor estaba situada á las afueras del pueblo, en el mismo camino que conducía al cementerio.

Detrás tenía un reducido jardín, al extremo del cual levantábase el pabellón que servía de estudio y laboratorio. En medio del cuarto había una larga mesa de operaciones, sobre la cual colocamos el cuerpo de la muerta.

—Hay que desnudarla—indicó Vitalis.

Con algún trabajo logramos despojarla de los vestidos; y el desnudo cuerpo, que la muerte no había aún desfigurado, se mostró ante nuestros ojos con toda su triste belleza de carne fría y muerta; pero ostentando aún líneas esculturales y marmórea blancura. Tenía los ojos cerrados, suelto la rubia y abundosa cabellera y extendidos los brazos á lo largo del cuerpo.

Había llegado el momento supremo. Vitalis iba á dar principio á su experimento.

—Doctor—le dije—, ¿estorbo?

—No; quédese usted, así verá con sus propios ojos.

—¿Volverá á la vida?...

—Dentro de algunos minutos. El procedimiento es sencillo y su acción momentánea. Todo se reduce á tres inyecciones de mi *vitalina* en determinadas partes del cuerpo.

Dijo estas palabras con seguridad tan absoluta, acompañada de una mirada viva y profunda, que, hipnotizado, no dudé ya de ver levantarse aquel cuerpo al impulso de nueva vida.

Para sustraerme á la enervadora hipnosis y alejar el malestar que empezaba á invadirme, dirigíme hacia la abierta ventana. Arriba, brillaban los luceros con tranquilidad soberana, sin que los obscureciera la más ligera nubecilla; abajo, la brisa corría, corría rumorosa, acariciadora, agitando los vecinos campos con misteriosos suspiros, vagos gemidos, medrosos arrullos.

Casi había olvidado ya al doctor y á la muerta, extasiado en la contemplación de la naturaleza en aquella noche serena, cuando una sorda exclamación de Vitalis seguida de un penetrante grito de mujer, hicieronme volver con sobresalto.

¡Cielos! Todavía da un vuelco mi corazón al recordar la escena que á mis ojos se presentó.

La muerta, sentada sobre la mesa, temblorosa, casi convulsa, mirando con espanto y extravío á su alrededor... Vitalis, de rodillas, con los brazos extendidos y los ojos desmesuradamente abiertos...

Pues, señor, el caso fué que la joven aquella, bajo influencia de un ataque cataleptico, había sido dada por muerta y enterrada viva; y al recibir la impresión de las inyecciones inofensivas del doctor, volvió en sí.

Pero Vitalis está convencido de que fué él quien le dió nueva vida con su *vitalina* y aun hoy cuantos le visitan en el manicomio donde está recluso, pueden oír de su boca sin dientes, el relato sensacional de su famoso y verídico experimento.

*Adrián del Valle.*



# LA REVISTA BLANCA

SE PUBLICA LOS DÍAS 1.º Y 15 DE CADA MES

Precios de suscripción... } Un año..... 5,00 ptas.  
Un trimestre..... 1,50 —

Número suelto, **25** céntimos,

CON 25 POR 100 DE DESCUENTO A LOS CORRESPONSALES

ADMINISTRACION

**Cristóbal Bordiu, núm. 1. MADRID**

---

---

# TIERRA Y LIBERTAD

DIARIO ANTIPOLITICO

Número suelto, **5** céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, **0,75** pesetas.

REDACCION

**MALASAÑA, NÚM. 33. MADRID**